J. ANDRES DE PRADA y E. GOMEZ DE MIGUEL

EN MITAD DEL CORAZON

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1926

EN MITAD DEL CORAZON

EN MITAD DEL CORAZON

DRAMA

en tres actos y en prosa, original de

J. ANDRES DE PRADA y E. GOMEZ DE MIGUEL

SEGUNDA EDICIÓN

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA PRINCESA,
DE MADRID, EL 5 DE OCTUBRE DE 1920.



MADRID
GRAFICA-MADRID, DOÑA URRACA. 17
1926

A Marcial Morano

Creemos que esta sea la primera obra que unos autores te dedican.

Como luego han de ser muchas las que lleven en su primera página tu nombre—que por abolengo de arte y por méritos tuyos ya iniciados laudablemente, será el de nuestro gran actor del porvenir—queremos que vayan unidos en tu vida artística al recuerdo de esta obra que admirablemente interpretásteis, el reconocimiento y el afecto de

Los Autores.

REPARTO

Personajes	*Actores*
DIONISIA....................	Amparo F Villegas.
MARTA.....................	Carmen L. Lagar.
RAIMUNDA................	Julia Sala.
DOÑA JULIANA............	Angeles Somavilla.
BLASILLA..................	Angela Morano.
ANSELMO.................	**Francisco Morano.**
LORENZO..................	Marcial Morano.
MIGUEL....................	Gonzalo Llorens.
EUGENIO..................	Francisco López Silva.
PADRE LUCAS............	Luis Herrero.
TOLIN......................	Fernando Porredón (h.)
AMBROSIO................	Francisco Calvera.
FELIPE.....................	Vicente Soler.

Mozas y Mozos. Ronda de guitarras y bandurrias.

La acción de este episodio, transcurrió en la vida y pasa en el drama en un pueblo de Castilla.

NOTA.—Al ser estrenada esta obra en la tournée Morano en los teatros de Valladolid. Barcelona, Bilbao, Zaragoza, etc., desempeñaron varios papeles el actor Nicolás Perchicot y las actrices María Santoncha y Pura F. Villegas, cuya admirable labor mereció el aplauso de los públicos y la gratitud de los autores que aquí lo hacen constar reconocidísimo.

ACTO PRIMERO

Una casa de labor. A la derecha, segundo término, principio de una escalera que conduce a los pisos altos de la casa. En el mismo lateral, y en primer término, puerta practicable. Otras dos, practicables también y cubiertas con cortinas blancas o rameadas, a la izquierda. En el foro, portón gande. Fondo de calle. Una mesa y varias sillas, un sillón de cuero y dos sillitas de costura repartidas por la escena. Utiles de labranza y sacos vacíos al pie de la escalera. En la primer silla de la izquierda, una bufanda; otra, en el pasamanos de la escalera. Sobre la mesa un quinqué encendido.

—

(En escena Raimunda. Dobla y amontona cuidadosamente los sacos vacios. Por la derecha, y con dirección al foro, Miguel.)

MIG. — *(Yendo hacia el foro.)* De aquí a luego.

RAIM. — Pero, oye, chico; Miguel, ¿ande vas ahora?

MIG. — Al pueblo.

RAIM. — ¿No esperas a tu padre?

MIG. — No.

RAIM. — Miá que se pué enfadar.

MIG. — ¡Y a mí qué me importa!

RAIM. — Amos, hombre, no seas así; espérale que vuelva y aluego te vas ande quieras. Ya sabes que le gusta saber el camino que tomáis por si algo le ocurre.

MIG. — Tengo que hacer. A más, él tampoco ha venío a cenar ni a comer. Y como solos nos ha dejao tó el día, poco pué importarle lo que nos pase por la noche.

RAIM. — Dios de Dios ¡y que siempre has de ser el mismo!... ¿Y tu hermano?

MIG. Cenando me parece que está con mi madre.

RAIM. ¿No habéis cenao juntos?

MIG. ¿Pa qué? El señorito no pué comer lo que los demás. Pa él tié que ser la flor de tó; que si el huevo... que si la leche... Aquí es pa él tó lo bueno, y pa los demás, bazobia.

RAIM. Es que está delicao; ya lo sabes.

MIG. También lo estoy yo y me aguanto. Y adiós, que no tengo ganas de sermones.

RAIM. ¿A qué hora vendrás?

MIG. No sé.

RAIM. Pero di siquiera pa dónde vas, por si pregunta tu padre poderle contestar.

MIC. ¡Bah! (*Mutis por el foro.*)

RAIM. ¡Descastao, más que descastao!

(*Por la izquierda Dionisia con un cesto de costura. Se sienta junto a la mesa y repasa la ropa que trae en él.*)

DION. Pero ¿se ha dío ese chico sin bufanda y con la noche que hace?

RAIM. Ya lleva b stante abrigo con toa la quemazón que tié por dentro.

DION. Va a acabar con tos.

RAIM. ¿Y el Lorenzo?

DION. Allá lo tiés en la cocina, que dice que no cena tan y mientras no venga su pàdre.

RAIM. ¡Alma de Dios! ¿Está solo?

DION. No, con Ambrosio. Anda y diles que se vengan pa acá. Ya sabes que Anselmo quié que estemos siempre a la vista, que como es así, pué ocurrirle algo y no decir nada, y que además, yo no estoy tranquila si no le tengo cerca, y ahora no puedo deja esto.

RAIM. (*Dirigiéndose a la primera derecha.*) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! (*Volviéndo a su labor.*) Ya viene... ¿Le habrá ocurrío algo al amo?

DION. No; es que hoy, después de acabar la labor tenían que ir los propietarios a la Alcaldía, no sé pa qué asunto de la contribución.

RAIM. Como al medio día tampoco ha venío...

DION. Sus cosas... su genio.

RAIM. Pa mí que es que ende faltó la Cecilia se le cae la casa encima. Era mucho el querer que le tenía a la chiquilla.

DION. Que le teníamos tos... Que va pa tres años de la desgracia, y no pasa día sin que aquí se la miente; y si al fin tuviéramos el con-

suelo de que los dos hijos nos hicieran con su cariño echar de menos la falta... Entonces sí que podría decirse que, aparte la pena que deja siempre en una casa la muerte, no habría otra más feliz que ésta en todo el contorno. Dinero sobra, voluntá y afán pa el trabajo, también; respeto, tós en la casa y en el pueblo nos lo tienen; y no hay que decir cariño, que hombre más querío de to el mundo que mi Anselmo...

RAIM. Como que tié un agujero en ca mano pa dar cuanto le piden.

DION. Y pa socorrer toas las desgracias y pa amparar a to el que llega a esa puerta.

(Por la derecha Lorenzo, con el sombrero en la mano.)

LOR. ¿Pa qué me llama usté, madre?

DION. Pa que estuvieras aquí con nosotras, y que viniera también el Ambrosio y los otros mozos si querían.

LOR. Están jugando a las cartas.

DION. ¿Y ande vas con el sombrero?

LOR. A salir.

RAIM. ¿Con el frío que hace?

LOR. Voy hasta la plaza a ver si veo a padre pa venirme con él.

DION. ¿Na más que a padre?

LOR. Bueno, y a la Marta también. Hoy nos hemos disgustao un poco por una tontería, y no puedo esperar a mañana; quiero ver si se le ha pasao.

RAIM. Miá que al amo no le va a sentar bien el que salgas con este relente.

LOR. Me pondré la bufanda. (*Yendo a coger la que hay sobre la silla primera.*)

RAIM. Esa no, esa es la de tu hermano. Aquí está la tuya. Ten. (*La coge del barandal de la escalera y habla con Lorenzo aparte en segundo término.*)

LOR. Dame esa también; se la llevaré. Andará en la taberna con los amigos, y como me pilla de paso...

RAIM. A ver si te va a hacer deber y...

LOR. No hay cuidao; mi hermano no es capaz de darme a mí una copa de vino, ni aún sabiendo como sabe que me es un veneno.

(En voz alta a su madre.) Hasta luego, madre. *(Vase pcr foro.)*

DION. Adiós, hijo.

(Por el foro Tolín, un chicuelo desarrapado, socarrón y astuto.)

TOLIN A la paz de Dios.

DION. Alante quien sea.

TOLIN Güenas noches.

DION. ¿Qué traes tú por aquí a estas horas?

TOLIN Vengo a ver al amo.

DION. ¿Al amo? Pues no está en casa. ¿Pa qué quiés tú ver al amo?

TOLIN Yo pa na; pero mi padre me ha dicho que si podía llegarse esta noche el señor Anselmo al Castañar, que don Ramón, el propietario, quié hacerle pagar a mi padre más de dos tercios de arriendamiento, y dice mi padre que no es de ley.

DION. Pues que vaya tu padre en busca del juez, que si pa eso no sirve la justicia, ¿pa qué sirve?

TOLIN Pa ná. Ya se lo he dicho yo; pero se le antoja que mejor ha de arreglarlo el amo que tos los escribanos juntos.

DION. Como si el amo no tuviea otra cosa que hacer. Y como si estuviea pa serviros a vosotros, que no me sé yo cómo gasta su tiempo en arreglar toas las vuestras cuestiones, y cómo en más de una vez no vos ha mandao a tos en mala hora, que ni las del día ni las de la noche se pasan sin que alguien entre por esa puerta sin pedirle algo: que si el tío Fulano ha metío sus yuntas en mis tierras y me ha estropeao la sementera...; que si el viento me ha llevao las parvas hasta la era del tío Mengano, y ahora no quiere volvérmelas...; que si el chico de la Zutana tié sarampion y no tié melecinas...; que si una alcucilla de aceite...; que si dos pesetas...; que si media hogaza... Pero, ¿qué os habéis fegurao?

TOLIN Yo no sé; mi padre me ha dicho que fuera el amo y...

DION. Eso, que fuera el amo; como si en vez de ser el amo el amo, fuese el amo tu padre.

TOLIN Yo no sé.

DION. Tú no sabes na ni nadie sabe na, pero entre tos no le dejáis en paz un menuto.

RAIM. Hasta que se canse.

DION. ¡Qué se ha de cansar, si en mi vida he visto hombre más bueno!

(Por el foro, Blasilla, chicuela que, como lección aprendida, emplea una voz quejumbrosa y lloriquea. Además, es tan asustadiza, que tartamudea y se azara a cada voz que le dan.)

BLAS. ¿Está el amo?

RAIM. ¿Otra?

DION. No está.

BLAS. ¿No está?

DION. No está, no está, no está. *(Dejando la costura y levantándose.)*

BLAS. ¡Ay! Ya lo he oído. Pus le esperaré. A estas horas pué que se esté de güelta del campo, ¿verdad?

DION. ¿Pero pa qué le quieres?

BLAS. Pa que remedie una desgracia mu grande. *(Lloriqueando.)*

DION. ¡Ay, Jesús! ¿Qué vos pasa?

BLAS. Pus que mi tía Juana ha reñío con su marío, y el marío ha reñío con mi tía Juana, y ca uno ha tirao por su lao, y ahora quién volver a arrejuntarse, y como tien vergüenza ca uno de volver, pues...

DION. Pues que vaya el amo a poner la suya ande no hay nenguna. ¡Miá qué bonito! Ya te estás largando. ¡Hala! Y tú, hala también. Y le dices a tu padre que el Gobierno tié pagao a un juez de paz pa que meta en centura al propietario, y a tu padre, y al demonio. Y tú le dices a tu tía Juana y a su marío que, toa la vergüenza que tienen ahora, la debían haber tenío antes, y que dejen al amo en paz, y que dejen en paz a esta casa, que ya andamos más que hartas de toa la maldá del pueblo y de toa la bondá del amo. ¡Ea! ¡Largo!

BLAS. ¡Ay! Me dá usté ca susto... que me atortola... que me atortola.

(Por el foro, Anselmo, tipo de recio labrador castellano, encanecido, más que por los

años, por las penas. Entra agitadísimo, como presa de una angustia infinita.)

RAIM. El amo.

ANS. ¿Y Lorenzo... y Miguel? ¿Dónde están los chicos?

DION. ¿Qué te pasa, hombre? Na les ocurre. Se fueron en tu busca... ca uno por su lao... ¿Qué tienes?

ANS. *(Tranquilizándose.)* Nada... mujer, nada. ¿Y a ti qué te han hecho para que grites de esa manera?

TOLIN Señor amo, es... } *(Casi simultáneos.)*
BLAS. Señor amo, es que... }

ANS. A vosotros, cuando os pregunte. *(A Dionisia.)* Me asustaron tus voces. Desde el camino se te oye gritar. ¿Era tanto el mal que te hacían?

DION. Era que ya no pué una resistir más, que no pasa menuto sin que alguien asome por esa puerta pa pedirnos algo, o pa quejarse de algo, o pa molestar en algo.

ANS. ¿A ti sóla?

DION. ¿A mí sóla? A ti, que bien sabe Dios que eso es lo que más me duele, que no puedo ver con sosisgo el que te traigan siempre en danza.

RAIM. Sí, señor, tié razón nuestra ama.

ANS. Tú a callar... que en boca cerrada no entran moscas.

DION. Pero...

ANS. Silencio. *(Pausa.)* ¿Dices que han venido los chicos a cenar?

DION. Sí, hombre, sí. Han quedao en volver deseguía.

ANS. Está bien.

RAIM. Y en cuanto a estos dos arrapiezos, lo que debe usté hacer, señor amo, es...

ANS. Lo que debo hacer lo sé yo, Raimunda. Vete.

RAIM. Es que...

ANS. ¡Vete! *(Raimunda hace mutis. Va hacia la mesa y se sienta en el sillón.)* ¿Qué queríais?

BLAS. } Yo...
TOLIN }

ANS. Uno primero.

BLAS. Pus yo.

ANS. No... tú. (*A Tolín.*)

TOLIN Pus que mi padre dice que don Ramón, el propietario, quié hacerle pagar mañana de una vez dos tercios del arrendamiento del Castañar.

ANS. ¿Y no tiene bastante dinero?

TOLIN No, señor, y que, además, dice que no es de ley.

ANS. ¿Entiende de leyes tu padre?

TOLIN Yo no sé; pero no pué pagar, y como si va el juez le dirá que pague...

ANS. Viene a mí para que yo sea el pagano.

DION. Es claro... Ya te conquistarán.

ANS. (*Sacando un billete.*) Ten. Y dile a tu padre que no es de ley lo que pide; pero que pague con esto, que sí lo es.

DION. Ya te han conquistao.

TOLIN Gracias, señor amo, gracias.

ANS. Vete. (*Vase Tolín foro.*) Ahora habla tú, codorniz.

BLAS. ¿Codorniz?... Yo no soy un pájaro... soy persona.

ANS. Bueno, ¿qué te ocurre?

BLAS. Pues que mi tía Juana...

ANS. ¿Ha reñido otra vez con su marido?

BLAS. Sí, señor.

ANS. Tampoco entienden de leyes tu tía y su marido; pero han hecho una de la costumbre de reñir, sobre todo desde que les da vergüenza volver a juntarse y esperan a que yo les lleve el saco de trigo, que les dará la paz hasta que se le vea el fondo. Iré mañana.

BLAS. ¿De verdad, señor amo?

BLAS. Y les mandaré el trigo antes de ir yo, para que lo que me cueste en grano me lo ahorre en palabras. Díselo así; es decir, así no, que no lo entenderían, y no hay necesidad de que estén toda la noche disgustaos. Mejor será que, sin decirles nada, les lleves el trigo.

BLAS. ¿Voy por él al granero?

DION. Sí, hija, sí; ya sabes el camino, ¿verdad?

BLAS. Sí, señora.

DION. Pues claro...

ANS. Anda.

BLAS. Voy.

DION. ¡Anda! (*Gritándole.*)

BLAS. ¡Ay! Me deja usted sin respiro. ¡Qué mujer! Voy por el trago... ¡por el trigo!... ¿Usté ve? Es que me atortolo, me atarugo... (*Vase Blasilla por el foro.*)

DION. Una onza y un saco de trigo: dos onzas casi. ¡Válgame Dios!

ANS. Válgate Dios a ti, porque a mí no me vale para negar nada.

DION. Ya lo veo... ya lo veo. Y lo peor es que esto no tendrá remedio.

ANS. No lo tendrá mientras dure la desgracia de todos y yo pueda remediarla.

DION. Pues tú verás lo que haces, porque si Dios no pone tiento en tus manos, mal van a poderse repartir una fanega de trigo nuestros hijos, que no tiés que olvidarte que son dos, y ya casi mozos, y que el mejor día se nos casan y hay que repartir, y va a resultar que los hijos del más rico del pueblo van a tocar a menos que los del más pobre, que pizco a pizco van llevándose todo los de fuera.

ANS. ¿Quieres callar, mujer?

DION. Déjame que hable, que hablando nadie se arruina y tú, sin hablar, llevas camino de ello, y no estás sólo en el mundo, que tiés dos hijos.

ANS. Ya lo sé; ya me lo has dicho antes, y me lo repites por si lo olvidaba, que no lo olvido, ¡no lo olvido!

DION. Pues bien que lo parece.

ANS. Ven acá, siéntate aquí, a mi lao. Eres buena y sabrás comprender cuanto quiero decirte, lo que hasta ahora no me atreví a decirte, porque creí que tú, como yo, lo sentirías, porque es mi dolor, y es mi vergüenza, y es mi martirio.

DION. Anselmo...

ANS. No te asusten ahora estas palabras, que tiempo tendrás de asustarte de las que vendrán luego.

DION. ¡Ay, Dios santo!

ANS. Mis hijos, Dionisia, nuestros hijos, el único refugio que para este corazón mío, tan lleno de amor y de bondad debía tener, la única

razón de toda mi vida, son todo mi dolor. De sobra los conoces, porque a tus pechos se criaron los dos, y de sobra sabes, aunque en tu ceguera de madre lo disculpes o lo disimules, lo distintos que son. Lorenzo es bueno, es noble, es fiel; adora en ti y en mí, vive para nosotros. Cuando llegase nuestra vejez y nos inclinásemos a la tierra, él sería nuestro apoyo, nuestro alivio.

DION. Anselmo... Anselmo.

ANS. Miguel no es bueno, ni tiene nobleza, ni sabe de fidelidad. Para él no soy el padre que corrige, sino el tirano que le priva de sus caprichos; de él no he recibido más que sinsabores, inquietudes, disgustos. Nuestra vejez no sería para él sino el más pronto recoger de la herencia. ¡Es malo, es malo!

DION. Qué ha de serlo, hombre, qué ha de serlo. Es como todos los chicos.

ANS. No lo disculpes; es malo.

DION. Aunque lo fuera, que no lo es, ya sabemos que tos no podemos ser santos, que ha de haber de tó.

ANS. No, si de eso no me quejo, si ya lo sé; pero es, Dionisia, que hay algo que tú sabes también, y que es lo que me hace rebelarme contra todos y contra todo. Es que la fatalidad ha querido que Lorenzo, el bueno, el noble, ¡el hombre!, se criara enclenque y enfermizo, y sin salud y sin vida, y el otro las tuviera y fuera fuerte, y robusto, y sano... Es que para uno han sido todos los pesares y todas las tristezas, y para el otro todas las satisfacciones y todas las alegrías... Y es que en vano he pretendido oponerme a esa fatalidad, que tú has visto cómo muchas veces he querido castigar a Miguel y el golpe ha caído sobre Lorenzo, y cómo he procurado que tuviera Lorenzo una alegría y la ha recibido Miguel. Y eso ya no es justicia, ni es equidad, ni es ley de Dios.

DION. Tampoco es justicia ni ley de Dios pensar tú como piensas y decir lo que dices.

ANS. Quizás; por eso algunas veces me acobardo y temo que sea un castigo del cielo por ser demasiado feliz en la tierra, y entonces a todo el que llega a esa puerta le socorro y

le amparo, y le doy cuanto puedo, y le daría cuanto tengo; y otras veces me revuelve los posos del corazón, y la rabia y el coraje me ciegan, y maldigo de todo, y sería hasta criminal, porque gota a gota iría sacando la sangre de las venas sanas del malo para dársela al bueno, y estrujaría tus pechos hasta saber en cuál se había alimentao el hombre y la fiera, y fiera sería yo también contra ti, y contra él, y contra todo.

DION. Anselmo, ¡por Dios! (*Dando un grito asustada.*)

ANS. No temas que blasfeme, cuando al acostarme cada noche y al despertarme cada día, aún dicen mis labios: «Creo en Dios Padre Todopoderoso.» *(Deja caer la cabeza entre las manos y rompe a llorar hondamente, dolorosamente.)*

DION. Vamos, hombre de Dios, no te pongas así, que tó eso lo ves cegao por el cariño que les tienes, y como buen padre, quisieras que tus dos hijos fueran talmente como dos ángeles del cielo. Y tos los hombres no son iguales, Anselmo, y en cada casa hay unos peores que otros; y en cuanto a la salú, sí es verdad que mi Lorenzo anda un poquillo esmirriao, pero no es pa perder la esperanza; ya ves que yo, su madre, no la he perdido; porque sé que curará y sanará; que allá arriba hay un Dios que mira por tóos.

ANS. Quisiera no dudarlo...

DION. No lo dudes, que así es. Yo estoy segura... ¿Que no hay toa la armonía que debía haber en la casa? ¿Que el Miguel, porque es una miaja levantao de cascos, da que hacer más que el otro? Pus algo tenía que haber en una familia que no fuera a gusto de tós, y tú, como eres tan bueno y tan santo, pué que te haigas fegurao que vives en la gloria del cielo y no en el infierno de la tierra, que es ande te tienes que dar cuenta de que estamos.

ANS. ¡Qué buena eres, mujer, qué buena eres! Y cómo esa misma bondad tuya me hace pensar más y más de dónde le vendrá la maldad a ese hijo, que no parece nuestro.

DION. Bueno, pero, ¿y a qué te han venío de

pronto hoy toas esas cavilaciones? A mí no me digas que te se han ocurrío na más que porque sí, que son veintiún años los que llevamos casaos. Hoy no has venío a comer ni a cenar. ¿Ande has estao? ¿Con quién has hablao? ¿Qué te han dicho?

ANS. Nada.

DION. No es verdá.

ANS. ¡Dionisia!

DION. No es verdá.

ANS. Te juro que...

DION. No jures en falso. A ti te han dicho algo, alguna mentira, algún enredo. Por eso has llegao tan agitao, tan intranquilo.

ANS. He estao en el Campillo.

DION. De ahí viene. Sigue.

ANS. Ya sabes que allí viven unas tías de la Marta, la novia del Lorenzo.

DION. ¿Y qué tien que decir esas chismosas del chico?

ANS. De Lorenzo, nada; pero del otro...

DION. Del otro, tampoco. Cuentos... y mentiras... y chismes. ¡Malas pécoras!

ANS. De sobra las conozco. Pero en esta ocasión no mienten, Dionisia, no mienten. La Marta fue novia primero del Miguel, porque, como a todas las muchachas del pueblo, la cortejó, y lo mismo que a otras la colmó de desprecios... hasta que terminó todo entre ellos. Pasado algún tiempo, la pretendió Lorenzo, y aunque al pronto pareció que la Marta no le quería... como es tan bueno y se mete tanto en el corazón, ahora no vive la muchacha más que pa él.

DION. Bueno, ¿y qué más? Porque si es eso lo que te han contao..., eso de sobra lo sabemos tóos.

ANS. Algo más... Me han dicho que pusiera cuidao... porque han visto al Miguel rondando muchas tardes y muchas noches la casa de la Marta..., y acechándola, y ocultándose como un malhechor cuando la ve salir con el Lorenzo o cuando éste la corteja en la ventana.

DION. ¡Brujas... más que brujas! ¡Qué les importa a ellas los asuntos de nadie!

ANS. Tengo miedo, Dionisia, tengo miedo.

DION. ¡Vamos, hombre!

ANS. En casa de ellas estaba, conversando de estos menesteres, hace cosa de una hora, cuando sentí una angustia... y un ahogo... y aquí, en el corazón, una punzada tan fuerte que me dejó sin respiro. Como si una mano me lo estrujara. ¡Qué sé yo! De pronto me acudieron a la cabeza los nombres del Lorenzo y del Miguel..., ¡de los dos!, y cerré los ojos... y se me aparecieron... ¡Los ví, Dionisia, los ví, peleándose... matándose por una mujer... y esa mujer era la Marta! Salí corriendo pa acá con el alma llena de congojas... y por eso me has visto entrar como entré y entoavía no me ha salido el susto del cuerpo.

DION. Por Dios, Anselmo, no te pongas así; estás temblando.

ANS. No sabes tú lo que es este temor y esta angustia. No sabes—no lo has sabido nunca—el batallar constante y silencioso que he sostenido conmigo mismo. Hasta hoy callé, guardando este penar para mí solo. Jamás quise entristecerte con mis temores y mis pesadumbres; pero hoy, Dionisia, hoy no he podido callar... Este aviso o este presentimiento me ha hecho olvidarme de todo disimulo.

DION. (*Intranquila también, pero queriendo disimular, y, sobre todo, tranquilizar a su marido.*) Pues ya ves que todo ha sido nada. Los chicos están buenos y contentos...

ANS. ¿Dices tú que salieron en mi busca? ¿Cómo no han vuelto?

DION. Si hace ná que se fueron...

ANS. Dame el sombrero y la bufanda... Mientras que no los vea no me quedo tranquilo. (*En el momento que se dispone a salir, entra asustadísima por el foro Marta.*)

MARTA Tío Anselmo... Dionisia... ¿Ande está? ¿Ha venío?

ANS. (*Levantándose.*) ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasao?

DION. ¡Habla!

MARTA Nada, nada.

ANS. No me mientas: di la verdad; toda la verdad.

DION. ¿Dónde está mi hijo?

MARTA Cálmese usté.

ANS. Acaba de una vez.

MARTA No, si no es pa asustarse... Que esta tarde hemos tenío unas palabras, cosas de novios, el Lorenzo y yo, y nos hemos disgustao, no en total, porque ya esta noche, como toas, ya lo esperaba; tanto, que al sentir llamar en la puerta, y con la señal suya, he bajao tan contenta y como si no hubiera pasao nada. Abrí... y no era el Lorenzo, era... era el Miguel.

ANS. ¿Ves? ¿Ves, Dionisia? Era esto lo que yo sabía, lo que yo me figuraba.

DION. Sigue, sigue, por Dios.

ANS. Sí, acaba; acaba, que no sabes la angustia en que nos tienes.

MARTA Pues que el Miguel ha querío volver a cortejarme, y como se había enterao por los amigotes de la taberna que esta tarde el Lorenzo y yo habíamos tenío un disgustillo...

ANS. Siempre la envidia de su hermano.

DION. ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!

MARTA Yo no quise ni oirle; cerré la puerta, y por más que llamó con toas sus fuerzas, no abrí. En esto, debió llegar el Lorenzo, los senti disputar; no pude entender lo que se decían; abrí otra vez y ya no estaban; eché a correr calle abajo, y nada, no se les veía; pregunté, y unos mozos me dijeron que los habían visto juntos, camino del monte y disputando entoavía; he temío una desgracia.

DION. Calla..., calla, no pué ser.

ANS. (*Yendo hacia la derecha*) ¡Ay! Si ya lo sabía. ¡Ambrosio! ¡Felipe! ¡Raimunda! Aquí todos, ¡todos!

DION. (*A Marta.*) ¿Estás tú segura de que se habrán peleao?

ANS. ¡Todos a salir hacia el monte, a buscar por las calles, a traerme a ese hijo. (*Van saliendo por derecha e izquierda Ambrosio. Raimunda, José y Felipe*), a Miguel, por buenas o arrastras, vivo o muerto, como sea, del modo que sea; pero traerlo. traerlo, que va a ser su padre, su propio padre quien...

(*En la puerta del foro aparece Miguel.*)

DION. ¡Miguel! ¡Hijo!

MARTA ¿Y Lorenzo?

MIG. ¡Yo qué sé del Lorenzo!

ANS. ¿Qué has hecho de tu hermano?

DION. Habla, hijo, habla.

MIG. Yo, nada. ¿Qué voy a hacer?

DION. ¿Lo ves, hombre? (*A Anselmo.*) ¿Lo ves?

MARTA Os habéis ido de mi casa disputando.

MIG. Y eso, ¿qué tié que ver?

MARTA Os han visto camino del monte a los dos solos.

MIG. No es la primera vez que vamos juntos hacia allá.

DION. Pero, ¿dónde está tu hermano?

ANS. ¿Por qué no ha venido contigo?

MIG. Porque se separó pa volver a casa de ésta.

ANS. Pues como ésta está aquí, sal tú en su busca, y si en algo te estimas y estimas su vida. vuelve con él, tráele a casa.

MIG. ¿Es que?...

ANS. Es que te lo mando yo.

DION. Miguel, obedece a tu padre.

AMB. (*Se había asomado al patio, y dice*): No hace falta, señor amo, que ya vié pa acá el Lorenzo.

ANS. (*A Miguel.*) Perdona, hijo, perdóname.

MIG. Yo no tengo ná de qué perdonarle a usté. (*Por el foro Lorenzo. Trae en la sien una señal de golpe.*)

ANS. ¡Lorenzo! ¡Hijo! (*Al abrazarle.*) ¿Eh? ¿Qué es esto?

DION. ¿Qué tienes? ¿Qué te ha pasao?

LOR. No se apuren ustés, que no ha sío nada... si no hemos reñido.

DION. Pero si es que tienes sangre.

ANS. ¿Sangre? ¿Qué dices?

LOR. Ha sío aquí mismo, aquí mismo; el Ambrosio lo ha visto... Como está la calle así, tan oscura... y como venía tan aprisa... ¿Verdá, Ambrosio, que tú me has visto tropezar?

AMB. (*Titubeando.*) Sí..., si, señor.

ANS. ¿No me mientes?

LOR. Yo no le he mentío a usté nunca, padre.

ANS. Es verdad. Te creo. Y aunque me mintieras te creería también, te creería, porque ne-

cesito que este dolor que me está royendo en el alma...

DION. Vamos, hombre, que ya ves que ná ha pasao.

ANS. Miguel, Miguel; ¿por qué no eres bueno, por qué no quieres a tu hermano?

LOR. Sí me quiere, padre: es que es así, es que es su genio.

ANS. Sangre sois de la misma sangre, carne de la misma carne...

DION. (*Aparte a Miguel.*) Dile algo a tu padre, Miguel. ¿No te da pena? ¿No ves cómo sufre?

ANS. Todo cuanto soy, todo cuanto tengo, para vosotros es, vuestro es ya. Ni aun hacer partijas de vuestra hacienda quisiera, y si escuchárais mi voluntad, entre vosotros no las harían nunca.

LOR. Por mí esté usté seguro, padre: no se harán.

ANS. ¿Y por ti, Miguel?

MIG. Si usté lo manda, tampoco.

ANS. No lo mando, no quiero mandaros; quiero que seáis vosotros, que nazca de vosotros el estar unidos siempre. Esta noche, hijos míos, yo quisiera que fuese como otra Pascua, y que aquí, ante mí, ante nosotros, os diérais un abrazo, ¡el primero que mis ojos os verían dar! Que os perdonárais, y os uniérais, y os amárais.

DION. Y así ha de ser.

MARTA Abraza a tu hermano, Miguel

MIG. Tú no eres quien pa mandármelo.

DION. Es casi tu hermana.

MIG. ¡Madre!

ANS. Se casarán, y ella, desde ahora, óyelo bien, desde ahora, ha de ser por ti tan respetada como si fuera tu propia hermana.

MIG. Eso...

DION. (*Reconviniéndole.*) ¡Miguel!

MARTA No eres bueno, no lo serás nunca.

LOR. ¡Marta, calla tú!

MARTA Es porque te quiero, Lorenzo, porque sé que ha de ser nuestro enemigo.

ANS. No lo será, porque entonces... (*A Miguel.*) Nada tiene en esta casa, nada ha puesto en ella; que ni una vez siquiera sus brazos han cogío una azada ni han guiao un rebaño.

No tendré poder para llegar hasta su alma y convertirla y hacerle bueno, pero lo tendré, aun destrozando el corazón de su madre y el mío, para no darle ni un palmo de tierra, ni un grano de trigo. *(Hay una pausa larga. Todos se míran y esperan.)*

DION. *(A Miguel.)* Hijo, obedece a tus padres... Abraza a tu hermano... ¿Oyes?

MIG. Sí. *(A Lorenzo.)* ¿Quieres darme un abrazo?

LOR. Con toda el alma.

(Lentamente va Miguel á su hermano y le tiende los brazos.)

MIG. *(Aparte a Lorenzo.)* Has preparado con padre esta comedia, ¿verdad? ¡Me las pagarás! *(Se separan.)*

ANS. Así. Y ahora... a dormir todos. Ambrosio, acompaña a Marta a su casa.

MARTA Hasta mañana, y que ustedes descansen. *(Vase.)*

DION. Vé con Dios, mujer.

FEL. Hasta mañana, señor amo.

RAIM. Buenas noches.

(Van saliendo todos; Dionisia cierra el portal.)

ANS. Adiós muchachos. Nosotros, Dionisia, tambien.

DION. Tambien. Vamos, hijos.

LOR. Buenas noches, madre. *(Besando su mano.)*

DION. Buenas noches, hijo.

LOR. Adiós, padre. *(Besándole la mano.)*

MIG. *(Haciendo lo mismo.)* Buenas noches.

ANS. Así. Sobre el beso de tu hermano. Y ahora, a dormir todos, a descansar todos, *(Vanse silenciosos por derecha e izquierda.)* todos... *(Al quedar solo.)* ¡menos yo! *(Y dejando caer la cabeza entre las manos, cae de bruces sobre la mesa.)*

DION. *(Que no llegó a hacer mutis, al escuchar el sollozo vuelve a él.)* ¡Anselmo!... ¡Anselmo!... ¿Qué tienes ahora?

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, Es de día.

(En escena Dionisia, Padre Lucas, doña Juliana y Raimunda. El Cura, de pie, con balondran. Doña Juliana sentada a su lado. El Padre Lucas, que se apoya en un bastón y tiene el cabello completamente blanco. Doña Juliana es muy redicha.)

JUL. Vamos, mujer, Dionisia, no es para apurarse tanto.

P. LUC. Eso le digo yo, y eso mismo le acabo de decir a Anselmo. De más cuidado estubo va para dos años, que entonces sí que yo era uno de los que creían que no salvaba la pelleja.

JUL. Y Dios Nuestro Señor, lo sanó, y bien fuerte que andubo todo el verano.

RAIM. Y aun el invierno pasao, que si no mejoró del tó, ni un mal catarro se puede decir que tuvo.

DION. Es que lo de ahora yo bien me sé lo que es.

P. LUC. Tú qué has de saber; lo que yo y lo que todos. Que esta helada, casi al comienza de la primavera nos ha trastornado a todos un poco; y si los sanos hemos sufrido las consecuencias, figúrate si se iban a librar los que, como Lorenzo, están un poquillo delicados siempre. Por fortuna el tiempo tiende a mejorar, y hoy hace un sol que más parece de agosto que de abril.

JUL. Y ese es el mejor médico, que el mismo don Esteban, el titular, y hasta don Tomás, el

boticario, que se gana la vida con los potingues de las recetas, la mayor parte de las veces no recomiendan otra sino «sol, sol y mucho sol».

DION. Ustés dirán lo que quieran; pero yo tengo una angustia que me ahoga... Y ya ven que procuro disimular delante del chico y de Anselmo. ¡Ay, Jesús, yo tengo que ser la más fuerte de tóos!

P. LUC. Debes serlo... debes serlo. Y no te apures, mujer; el cariño siempre es medroso, y vosotros, además, habéis sido muy exagerados con ese hijo.

DION. No señor... no señor. ¡Si es que ahora está muy malito!

JUL. ¿Ha venido hoy el médico?

DION. Sí... ha venido.

RAIM. Y ha quedo en no volver hasta mañana.

JUL. ¿Y qué dijo?

DION. Pues na, que estaba igual, que no era cosa de decir que no había esperanzas, ya ve usted.

P. LUC. No exageres, Dionisia, no ha dicho eso. Ha dicho, y me atengo a sus mismas palabras, que si no se presenta una nueva complicación, no hay que perder la esperanza de que llegue a ponerse bueno y fuerte.

DION. Y eso bien claro está; porque no sé qué quié decir «no hay que perder la esperanza», y más cuando esas palabras se le dicen a un padre y a una madre que preguntan angustiaos, y que si no se les pué engañar, tampoco pué decírseles la verdá, que eso seria poner más dolor ande ya hay bastante.

P. LUC. Siempre has sido tú, Dionisia, la que has representado en la casa el buen sentido, la que mejor has razonado, y hasta la que has puesto la paz en los espíritus, y ahora...

DION. Ahora, usté lo ha dicho; ahora, no puedo. Soy madre, y como madre tengo que sentir y lo que siento... pué que usté lo sepa mejor que yo.

P. LUC. ¿Quieres no decir más disparates? Cállate, que viene Anselmo.

(Por la primera derecha, Anselmo.)

ANS. Manda en busca de la María, Raimunda, y

que le digan de mi parte que quiere verla mi hijo, que venga.

RAIM. Es que a estas horas pué que se ande en el trajín de la casa.

ANS. Dile que yo le pido por favor que venga.

RAIM. Sí, señor, voy a mandar al Felipe deseguía. (*Mutis foro.*)

ANS. (*A Dionisia.*) Y tú no llores más, mujer, no llores más, que también te lo pido por favor.

DION. ¡Ay, Anselmo!... ¿Crees tú que no me contengo bastante?

JUL. ¿Cómo está el chico?

ANS. No sé, doña Juliana. A mí siempre me parece que está mejor.

P. LUC. Y lo está, efectivamente.

ANS. Ahora se ha empeñado en levantarse. Me ha hecho abrirle la ventana; y al ver este sol, dice que se encuentra con más ánimos.

DION. Pero, ¿tú le dejas?

ANS. Sí, no quiero contrariarle.

JUL. Hace usted bien. Cuando un enfermo se siente con fuerzas para salir de la cama, no hay que oponerse; eso es buena señal.

ANS. Levantándose está ya. Dionisia, vé allí dentro, por si te necesita para algo. (*Vase Dionisia por la primera izquierda.*)

JUL. Yo también me voy, si a ustedes no se les ocurre nada.

ANS. Nada, muchas gracias, doña Juliana.

JUL. Y ya sabe usted dónde me tiene, que creo no serán necesarios entre nosotros los ofrecimientos y los cumplidos.

ANS. Gracias, muchas gracias.

JUL. A la noche volveré por aquí otro ratito.

ANS. Cuando usted quiera.

JUL. Adiós, padre.

P. LUC. Con Dios, doña Juliana. (*Vase por el foro Juliana. Simultáneamente entra por el foro Ambrosio con un frasco de medicina.*)

AMB. La medecina.

ANS. Llévala ahí dentro. ¿Has visto al Miguel?

AMB. Sí, señor amo; en la plaza está con los otros mozos.

ANS. ¿Te ha dicho algo?

AMB. Me ha preguntao si había usté salío o si estaba aquí entoavía.

ANS. Y tú, ¿qué le has dicho?

AMB. La verdá: que en toa la mañana se había uste movío de casa.

ANS. Está bien.

AMB. ¿Quié usté algo más?

ANS. No; que lleves la medicina adentro, y que todos andéis con cuidao, porque estas enfermedades pueden de pronto empeorarse y...

(Vase Ambrosio por primera izquierda, y a poco cruza la escena, yéndose por el foro.)

P. LUC. No tienes tú tampoco que alarmarte tanto, hombre; lo del chico no ha sido nada; dentro de un mes lo verás sano y fuerte.

ANS. ¡Qué más quisiera yo, Padre Lucas! Doscientas onzas de oro que guardo en el arca las haría fundir, y con ellas tendría la Iglesia del pueblo la mejor custodia si así fuera. ¡Ver sano y fuerte a mi Lorenzo! ¡Verlo como el otro, igual que el otro! *(Después de una pausa.)* Yo quisiera pedirle a usté un favor.

P. LUC. Pide, que alguna vez habías de ser tú, ricachón, el que pidieras algo.

ANS. ¿Ha hablao usté con mi chico?

P. LUC. ¿Con cuál?

ANS. Con Lorenzo.

P. LUC. Sí, un buen rato; todo el que tú estuviste en el granero.

ANS. ¿Le ha contao a usté algo?

P. LUC. ¿Algo de qué?

ANS. La otra noche, aunque los dos me lo negaron, aunque ninguno se atreve a decirme que los vió, yo sé bien que riñeron.

P. LUC. No me ha dicho nada, te lo aseguro, y creo que si algo hubiera sucedido entre ellos, no el Miguel, que siempre ha sido un poco despegado para todos, pero el otro, a ti, que eres su padre, o a mí, algo nos diría.

ANS. Es la primera vez que tiene para mí un secreto mi hijo.

P. LUC. Eso te prueba que no ha ocurrido nada.

ANS. Sí, Padre Lucas, sí ha pasadó y sí han reñido; y yo, y alguien más, sabe el por qué.

P. LUC. Hombre de Dios, no seas así.

ANS. ¿Y cómo he de ser, si lo estoy viendo todo y soy tan cobarde que hasta el pensarlo me da miedo?

P. LUC. ¿Quieres decir?...

ANS. Que la otra noche Miguel golpeó a Lorenzo hasta hacerle sangre y señalarlo.

P. LUC. ¡Anselmo!

ANS. Yo, todos sus disgustos de antes, que en esta casa no ha habido nunca paz entre ellos, los he sufrido, y los he callao, y los he perdonao, porque al fin y al cabo eran cosas de chiquillos. Pero este de ahora es más grave, que hay por medio una mujer, que ellos ya son dos hombres, y que no se acuerdan de que son hermanos, y...

P. LUC. ¿Pero quieres decir...?

ANS. Que esta recaída del Lorenzo ha sido por la riña, y no es que el otro me le haya dado un mal golpe, que aun sabiendo que no tiene idea buena, es también hijo mío y no puedo creer que sea capaz de hacerlo; pero él sabía muy bien lo endeblucho que estaba su hermano, sabía que andaba loco por esa mujer, para la que ahora se le han vuelto cariño todos los desprecios que le ha hecho siempre, y ¡quién sabe si ha pasado un mal pensamiento por su cabeza y...!

P. LUC. Basta, Anselmo, basta; no disparates tú también.

ANS. Para usté puede que sea un disparate lo que pienso y lo que digo, pero yo estoy bien seguro de que nunca he tenido más luz en los ojos, ni más claridá en la frente, y que esto es tan verdá como ese sol que nos alumbra. (*Pausa.*) La otra noche, cuando pasó lo que pasó, bien lejos estaba yo de ellos, y en mitá del corazón sentí el golpe. Y que eso fué como un aviso no puede negármelo nadie, y usté menos, que no es la primera vez que a mí y a todos nos lo ha dicho.

P. LUC. Y así es verdad, Anselmo; la mayor verdad de la vida: que es en mitad del corazón donde los padres reciben las alegrías y los dolores de los hijos.

ANS. Pues ya pueden todos, y hasta ellos mismos, negármelo, que aquella punzada que yo sentí fué como si me dijera que ya no debía

callar más, ni esperar más, ni perdonar más.

P. LUC. ¿Que piensas hacer?

ANS. Aún no lo sé. Por lo pronto, esperar a que mejore Lorenzo; después, ya veremos.

P. LUC. Piensa en tu mujer, en la pobre Dionisia, y piensa en que también es hijo tuyo el otro.

ANS Pues porque lo pienso es por lo que aiienta todavía.

(*Por el foro, Ambrosio.*)

AMB. Señor amo...

ANS. ¿Qué?

AMB. Que en las corralizas le aguarda el señor Román, que trae las caballerías pa vender.

ANS. Ahora voy. (*Vase Ambrosio.*) ¿Viene usté?

P. LUC. Vamos.

(*Vanse por el foro. Por la primera izquierda, Lorenzo, Dionisia y Raimunda.*)

LOR. Padre, padre...

ANS. (*Volviendo.*) ¿Que quieres, hijo?

LOR. ¿Ande se va usté?

ANS. Vengo deseguida. Está ahí Román, que quiere venderme unos caballos, y....

LOR. Bueno, pues vuelva usté pronto.

ANS. (*A Dionisia.*) ¿Es que no está mejor?

DION. Sí que lo está.

LOR. Sí que lo estoy, y por eso quiero que vuelva, que tenemos que hablar mucho.

ANS. (*Acercándose con ansiedad.*) ¿Hablar? ¿De qué?

DION. No te asustes, hombre...

ANS. Dime.

LOR. Luego.

ANS. No, ahora.

DION. Que no es ná grave.

LOR. Tiene razón madre. Además... que quiero que esté también la Marta. Ella pué que tenga que decirle lo mismo. Ya me habrá comprendido usté.

ANS. (*Abrazándole.*) ¡Sí!

DION. ¿Lo ves cómo no era ná malo?

LOR. Vaya usted, padre, y despache pronto.

ANS. Vamos. (*Vanse definitivamente Padre Lucas y Anselmo por el foro. Por la izquierda, Dionisia.*)

LOR. ¿Quién ha dío a avisar a la Marta?

RAIM. Felipe.

LOR. Pues déjenme: quiero estar solo cuando venga.

DION. Y solo estarás, hijo, si me prometes no alterarte.

LOR. Claro que no, madre; vamos a hablar de nuestras cosas. Que la quiero, y la quiero... y ná más que eso. *(Se sienta.)*

RAIM. Pero, ¿te vas a quedar aquí?

LOR. Hasta que ella venga.

RAIM. Es que en la huerta estarías mejor.

DION. Tié razón Raimunda. En la huerta hay un sol que es una bendición; anda, hijo, te llevo pa allá.

RAIM. Sí, nostrama, yo me quedo aquí pa avisarle.

LOR. Bueno, vamos; pero no la entretengas de charla, que las mujeres siempre tenéis gana de conversación, y cuando pegás la hebra...

DION. Anda, hijo, anda.

RAIM. Sí, hombre; que no te lo vamos a quitar.

LOR. Vosotros no...

DION. ¿Qué dices?

LOR. Nada. (*Liéndose por primera derecha con Dionisia.*)

RAIM. ¡Ay, pobre mozo! ¡Y cómo se nos va! Que a sus padres pué que los engañen con la esperanza, que bien dice el dicho de que es lo último que se pierde, pero a mí no, que ca vez que le miro, más pronto me parece que camina pa donde no se vuelve.

(*Por el foro Miguel.*)

MIG. ¿Qué hablas ahí sola?

RAIM. ¿Y a tí que te importa?

MIG. ¿Y qué modo de responder es ese? Ya no faltaba más sino que hasta los criaos se volvieran en contra mía.

RAIM. ¿Pero quién va en contra tuya en esta casa, mal pensao?

MIG. Toos sois enemigos.

RAIM. Y por eso se conoce que quiés acabar con toos. Y como a golpes no puedes, a disgustos nos vas a matar. ¡Enemigos! ¡enemigos! Pué que el mayor de toos sea el que llevas dentro.

MIG. ¿Dónde está padre?

RAIM. Ha salío.

MIG.	Mentira. Me ha dicho el Ambrosio que estaba aquí.
RAIM.	Pues ha salío.
MIG.	¿Y Lorenzo
RAIM.	En la huerta, con tu madre.
MIG.	¿Ya se levanta?
RAIM.	Sí.
MIG.	Pues don Esteban le dijo que no se moviera de la cama.
RAIM.	Pues se ha levantao.
MIG.	¿Y lo sabe padre?
RAIM.	Sí que lo sabe.
MIG.	¿Y lo ha dejao?
RAIM.	Sí que lo ha dejao.
MIG.	¡Si hubiea sío yo!
RAIM.	¿Qué quiés decir con eso?
MIG.	Na. *(Yendo hacia la primera derecha.)*
RAIM.	¿Ande vas por ahí?
MIG.	Ande me da la gana. *(Retrocediendo y lléndose a la escalera.)* O si no, tiés razón; no sea caso que le vaya a ocurrir algo y me echéis la culpa a mí. Que ya sé que andáis diciendo que por mí está como está.
RAIM.	¿Y querrás decir que no? ¿Querrás decir que no reñísteis el otro día?
MIG.	Que me deje en paz y no le buscaré.
RAIM.	Pero si la criatura no se ocupa de ti más que pa bien.
MIG.	Pues que no se ocupe tampoco de la Marta.
RAIM.	¿Eh?
MIG.	Ya lo sabes: pa que se lo digas a él, y a mi padre, y a la Marta, y que no le vale esconderse, que algún día nos encontraremos, que hay entre ella y yo algo y bastante que decirnos.
RAIM.	Anda, vete, vete; vete, demonio, de aquí. Estás condenao y nos estás condenando a toos.
MIG.	¡Si no fuera por lo que es!... *(Sube lentamente por la escalera.)*
RAIM.	Y el pobre de su padre que anda tan creído en que ya ha pasao too y en que aquel abrazo era del corazón.
	(Por el foro, Marta y Felipe.)
FEL.	Aquí está la Marta.
MARTA	¿Y el Lorenzo?
RAIM.	En la huerta esperándote.

MARTA ¿Está mejor? ¿Es verdá que está mejor?
RAIM. Sí que lo está, mujer; ¿no te lo he dicho?
MARTA Pero es que quiero que me lo digan todos pa que me parezca más verdá. Habla, Raimunda, habla.
RAIM. Yo... vamos... a ti me parece que puede decírtelo too.
MARTA Calla, calla; más vale que no me digas ná. (*Por la primera derecha, Lorenzo.*)
LOR. ¡Marta!
MARTA ¡Lorenzo!
LOR. He sentío tu voz...
MARTA ¿Estás mejor?
LOR. Ya lo ves: levantao.
MARTA ¡Qué alegría!
LOR. Raimunda, ¿no tiés ná que hacer por allá dentro?
RAIM. Ya me iba. Pero, ¿os vais a estar aquí? ¿No queréis que os lleve unas sillas allá afuera?
LOR. No; estamos bien. Vete.
RAIM. Como queráis. Un pastelillo sí que voy a traerle a la Marta.
LOR. Sí, tráeselo; y a mí otro.
RAIM. Tú no pués comer entoavía.
LOR. Bueno, pues a ella sola. *(Vase Raimunda por primera derecha.)* ¿Qué haces, que no me dices na? He estao tos los días esperando que vinieras. Ya sé que tu madre vino a preguntar; pero yo quería haberte visto.
MARTA Como estabas así, y como don Esteban dijo que mejor era no entrar ande estabas, no por na malo que fuera, sino por no atrasarte en la enfermedá...; pero bien debes de saber que a cada persona que salía de esta casa yo era la primera en preguntar cómo andabas, y a la Virgen bien de salves que le tengo rezadas, y hasta la promesa de subir descalza a la ermita de los Angeles, si esto no era na y volvías a estar bueno.
LOR. ¿Tanto me quieres, Marta?...
MARTA Sí, Lorenzo.
LOR. Pero no más de lo que yo te quiero a ti.
MARTA ¡Quién sabe!
LOR. ¿Y has confiao en que yo curaría?
MARTA Siempre.
LOR. Yo también. Esto no ha sío na, y tó lo que he tenío siempre también me parece que no

ha sio ná. Porque yo soy joven y la juventud tó lo puede, y tengo muchas ganas de vivir y quiero ser fuerte y tener ánimos siempre pa trabajar, y pa levantar mi casa, y pa ser como mi padre, que de zagal que fué, ahí lo tiés, que más rico que él no hay otro en el pueblo. Yo también quiero tener muchas tierras, muchas, no pa mí, que con la heredá de mi padre había de tener lo suficiente, sino pa ti y pa mis hijos, pa nuestros hijos.

MARTA ¡Lorenzo!

LOR. No, pa nuestros hijos, no; pa nuestro hijo, que yo no quieo que tengamos más que uno, uno solo, que si vienen dos pué que no se lleven bien; y que la sombra que cae siempre sobre la alegría de esta casa no quiero yo que caiga sobre la nuestra.

MARTA Déjate ahora de malos pensares.

LOR. ¡Si viéras qué de cosas me bullen por la cabeza pensando en esa felicidá... Mira: yo quieo que nos casemos pronto, pa el otoño; bueno, pa cuando tú digas, pero pronto.

MARTA Cuando estés fuerte y bueno del tó.

LOR. Mi padre nos dará el Robledal, que ya sabes que es la mejor hacienda de por acá; pero que no está bien cuidá, porque mi padre tié bastante con el Chopo y los Encinares, y mi hermano, como sabe que no ha de ser pa él, pues no ha puesto cuidao ninguno.

MARTA Pero pa qué hablar de eso ahora...

LOR. Porque tié que hablarse... Con los cuartos de la dote tiraremos la casa, que ya está vieja, y haremos una nueva, toa blanca y con muchas ventanas, pa que entren el sol y la luz por ellas... Tendremos un huerto que dará envidia, y en el carrizo, que ahora está abandonao, haremos un trigal.

MARTA Anda, pues no corres tú poco.

LOR. Y vendrán los años buenos, y se nos llenará de verde el campo, y no cabrá el trigo en los graneros, y habremos de decir a tos los pobres del contorno que vengan por la fruta que se caiga de los arboles, y por la semilla que nos sobre de las sementeras. Y habrá pan para todos, y alegría para todos,

y muchas flores, que tos los ribazos llenaré de rosas, pa que tú puedas llevarlas a brazadas a la ermita.

MARTA Lorenzo, Lorenzo...

LOR. ¿No lo crees?

MARTA Sí, Lorenzo, sí, lo creo...

LOR. ¿Es que tú también tiés temor de que tanta felicidá no sea pa nosotros?

MARTA ¿Lo tienes tú?

LOR. Yo, no; que a mí se me antoja, cerrando los ojos, que han pasao muchos años, y que también sentaos el uno junto al otro, en otra mañana como esta de tanto sol, habremos de decirnos... ¡Ay! *(Cierra los ojos y se lleva la mano al corazón.)*

(En lo alto de la escalera aparece un instante Miguel, desapareciendo rápido, pero no tanto que no seá visto por Marta.)

MARTA ¿Qué? Acaba, dilo... ¡Lorenzo!

LOR. No ha sío ná. Me ha dao una punzada aquí... y así como un ahogo... como un mareo. Ya pasó.

MARTA Me habías asustao.

LOR. También yo he tenío miedo, y no sé por qué; pero me da vergüenza esta cobardía.

MARTA Pero, ¿miedo de qué? ¡a qué tiés miedo!

LOR. A que me quieras tanto.

MARTA Más podría yo tenerlo de que me quieras tú a mí.

LOR. ¿Qué dices, Marta?

(Por el foro Ambrosio.)

AMB. Chicos, que me parece que viene don Esteban.

LOR. ¿El médico? Pero si quedó en no venir hasta mañana.

AMB. Pues la esquina ha doblao y la dirección que trae es ésta.

MARTA A ver si te va a reñir, Lorenzo.

LOR. No, que me acostaré antes que llegue. Entretenle tú, pa que yo pueda desnudarme.

MARTA Bueno; pero anda aprisa.

LOR. Y luego, en cuanto se vaya, entras a mi cuarto, ¿sabes? Que no te vayas a marchar.

MARTA No me iré, hombre, no me iré.

LOR. Eso, quédate, que quiero que hablemos con mi padre. *(Vase Lorenzo por primera izquierda.)*

MARTA — Y sí que debía irme, que está aquí el otro y pué salir y... ¿No viene don Esteban, Ambrosio?

AMB. — Me he engañao, le vi venir pa acá derecho; pero ha seguío pa abajo, camino de la casa del Teodoro, que también tié una chica mala. (*Entra en escena y vase por segunda izquierda.*)

MARTA — (*Yendo hacia el foro.*) Entonces, me voy. (*Miguel, que ha bajao de un salto la escalera. la detiene.*)

MIG. — Marta...

MARTA — ¿Tú?

MIG. — ¿Pa qué te espantas, si ya me has visto antes?

MARTA — ¿Yo? No te he visto. ¿Qué quieres?

MIG. — Que pué que nos conviniera, ahora que no nos oye nadie, hablar dos palabras.

MARTA — Yo no tengo na que hablar contigo.

MIG. — Pué que te lo parezca.

MARTA — Conque sigue tu camino, y déjame.

MIG. — Eso será si quiero.

MARTA — Y si no quieres, también. A más, tú mismo no pondrías el cariño en una mujer que tuviera otros amores, y los míos ya sabes pa quiénes son.

MIG. — Acúérdate que antes los tuviste pa mi.

MARTA — Antes, sí; pero ahora, no.

MIG. — Pronto has cambiao.

MARTA — No tan pronto; y he cambiao porque me han hecho cambiar, porque tu corazón no se ha entregao al mío, como se ha entregao el del Lorenzo. Ya lo sabes. De modo que vete con las otras mujeres que supieron distraerte cuando me cortejabas a mí y déjame seguir el camino que quiere mi corazón, que ha encontrao otro muy honrao y muy bueno pa recorrerlo juntos.

MIG. — Es que tú no quieres a mi hermano.

MARTA — Tanto como te odio a ti.

MIG. — Mira que muchas veces se pone el odio ande se quié poner el amor.

MARTA — ¡Miguel!

MIG. — ¿Vas a negármelo ahora? A lo menos te creerás tú que por decir «es mentira, yo no quiero al Miguel, sino al Lorenzo, la gente se lo va a creer y me lo voy a creer yo.

MARTA ¿Y a mí, ¿qué me importáis tú y la gente?

MIG. Hasta ahora pué que no te haiga importao na, porque ni la gente andaba diciendo lo que dice ni yo he terciao entre mi hermano y tú; que sabía que era cosa que no podía durar mucho lo vuestro, y he querío darle tiempo al tiempo. Pero ahora te quiero, y...

MARTA ¿Y te acuerdas ahora de decírmelo? ¿Y te olvidas de que me despreciaste como has despreciao a toas las que hablaron contigo? ¿De dónde te ha nacío ahora el cariño? Ya lo sé yo; de la envidia que le tiés a tu hermano.

MIG. No es eso.

MARTA Sí, que es... envidia... y ná más.

MIG. No, voy a decírtelo, y muy clarito, pa que lo entiendas. Las mujeres tenéis un arma muy buena en vuestras manos, que es el dar celos. Tú estabas enamorada de mí, y como yo no hice caso, o fingí no hacerlo, aceptaste el amor de Lorenzo; bien sabías lo que siempre ha habido entre nosotros, y te dijistes: «Por celos al hermano volverá él a quererme.»

MARTA ¡Mientes! ¡Mientes!

MIG. Y si ha sío eso, no me importa.

MARTA ¡Mientes!, vuelvo a decirte.

MIG. Sí, has hecho bien, mujer. ¿Dices que la envidia ha despertao mi amor? Pues sí, te lo tengo. ¿Qué más da por donde haya venío?

MARTA ¡Miguel!

MIG. Sólo que no creiste que la cosa iba a llegar a tanto con mi hermano.

MARTA ¡Miguel, por Dios!

MIG. Y que ahora te pesa el quererle.

MARTA ¡Le quiero! ¡Le quiero! ¡Le quiero!

MIG. Pero no de corazón. O si no, a ver: mírame a la cara (*Levantándosela con las manos.*) y dímelo...

MARTA ¡Miguel!

MIG. Dímelo. (*Ella calla.*) Haces bien en callar. ¿Ves cómo me quieres?

MARTA Le... quiero. (*Con voz de duda, de timidez.*)

MIG. Pué ser que sí, que le quieras; pero por piedá, por lástima...

(*Por el foro Anselmo.*)

ANS. ¿Y de cuándo acá ha necesitao nadie en mi

casa que por lástima ni por piedá se le quiera?

MARTA ¡Señor Anselmo!

ANS. (*A Marta.*) Cierra esa puerta. (*Marta lo hace.*)

MIG. ¡Padre!

ANS. Cierra esa puerta, que no es de menester que hasta la gente que pasa por la calle se entere de toa la maldá que hay en esta casa. Y ahora, escucha, mal hijo, mal hermano, mal hombre, ¿hasta dónde quieres llegar con tu infamia?

MIG. No se ciegue usté, padre; y si quié hacer justicia, hágala, pero igual pa tós, que a lo que estoy viendo, aquí pa usté no hay más que un hijo, el Lorenzo, y sólo él tié derecho a hablar, y a querer, y a mandar en todos y en tó.

ANS. ¿Pero aún te atreves?

MIG. Sí, señor; me atrevo pa defenderme, que si no me defiendo yo no hay quien me defienda en esta casa; que desde usté hasta el último criao tos son en contra mía, ¡hasta mi madre!, y yo no hago cosa que esté bien hecha, ni en ná llevo razón ni a ná tengo derecho. Y yo no tengo la culpa de haber venío al mundo, ni de ser hijo de usté, ni de que usté quiera al Lorenzo y a mí me aborrezca; y si soy malo es que ustés me han hecho serlo, y si acabo siendo peor que malo es que ustés me han puesto en el camino de que lo sea, que ya estoy harto de tanto sufrir y tanto aguantar y tanto callarme.

ANS. No callarás, no.

MIG. ¿Qué maldá hay en que yo haya querío a una mujer?

ANS. En que la hayas querido, ninguna; en que la quieras ahora porque ves cómo anda de ciego tu hermano por ella, sí que la hay, y muy grande.

MIG. Es que ella... es a mí a quien quiere, porque ahora mismo, antes de usté aparecer por esa puerta, no ha tenío palabras pa negármelo.

ANS. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué dice el Miguel, Marta? (*Hay una pausa. Marta llora.*)

MIG. ¿Lo ve usté cómo calla? ¿Lo ve usté cómo llora? Pues no sé qué más quié usté ver; y no sé si después de esto entoavía me dirán que soy yo el que tengo la culpa de tó, que ya habrá podío usté comprender que demasiao bueno he sío consintiendo que la Marta y mi hermano se hayan hablao, y que si yo volví el otro día a su casa fué porque sabía que habían reñío, y si hoy la he vuelto a hablar es porque sé que ya lo tenían ustés tó tramao pa arreglar la boda, y eso sí que no lo podía yo consentir, porque era sacrificarla a ella, que si le ha hablao al Lorenzo ha sío na más que por darme a mí celos, y que si ahora no se atreve a romper con él es porque le da compasión el verle como está, porque le tié lástima y le tié...

ANS. (A *Miguel.*) ¡Calla! Y tú (*A Marta.*), habla, habla, que te oiga yo, que yo sepa si es verdá que fuiste capaz de engañar a ese infeliz, haciéndole creer que le querías, porque si eso es verdá, si eso fuera verdá, no había de respetar que.., (*Abalanzándose a ella y deteniéndose rápido.*) Pero, ¿qué iba yo a hacer? ¿Qué tengo que hacer, mujer, si todavía habré de darte las gracias porque tu cariño fingido es lo que aún me lo tiene con vida... Miguel, hijo mío, tú tienes salud, tú eres fuerte, tú has de vivir aún muchos años; y si has podido callar en tanto tiempo calla un poco más... Y tú, Marta, si por piedá y por lástima, le has querido hasta ahora, por piedá y por lástima sigue fingiéndole que le quieres; porque si tú le niegas el cariño, ese hijo de mi alma se me muere. ¡De rodillas... os lo pido a los dos!

MARTA (*Que al al verle arrodillarse se abalanza a él, le sostiene y le abraza, diciendo con toda su alma.*) ¡No! ¡Levante usté! ¡Yo le quiero!

ANS. ¡Hija!

MARTA Le quiero, le quiero, ¿lo oyes bien tú? Le quiero. Y te lo digo mirándote a la cara y sin que me tiemblen las palabras en la boca. ¡Le quiero con toda mi alma!

ANS. ¡Hija!

MARTA Ya pué usté llamármelo, que ahora más que nunca es cuando lo seré.

MIG. (*Con sarcasmo.*) Otra comedia.

ANS. ¿Qué palabras mayúsculas? Habla claro.

MIG. ¿Pa qué voy a decir lo que siento?

ANS. Porque es preciso que lo digas.

MIG. Pues lo diré. Que no está bien que por el frenesí que un padre le tenga a un hijo, y por la chifladura de un enfermo, se haya de sacrificar a una mujer.

MARTA Yo no me sacrifico.

ANS. ¿Qué quieres decir?

MIG. Que pa qué se va a casar el Lorenzo con una mujer a quien no pué hacer feliz.

ANS. ¡Calla!

MIG. Esa es la verdá.

ANS. ¡Que calles he dicho!

MIG. Y por ese camino no van a conseguir ustés otra cosa sino que la Marta, que hasta ahora ha sío buena y honrá...

MARTA ¿Pero qué te estás atreviendo a decir, mal hombre? (*Avanzando hacia Miguel.*)

ANS. Deja, que voy a ser yo quien te tape la boca pa que calle de una vez y pa siempre.

MARTA ¡Eso no, eso no!

(*Al verle ir hacia Miguel le detiene. Lorenzo sale completamente desencajado por la primera izquierda, seguido de su madre.*)

LOR. ¡Padre! ¿Qué va usté a hacer?

ANS. (*Yendo hacia él.*) ¡Lorenzo! ¡Hijo!

DION. Lo ha escuchao to y no he podido detenerle.

LOR. Sí que lo he sentío, y también he tomao mi resolución. Padre... con toa su fiereza... o lo que sea... el Miguel tié razón. No hace falta que nadie se sacrifique por mí... y menos que nadie la Marta. Yo renuncio a to... Que se case con el Miguel. Los dos son sanos y fuertes... y puen ser felices.

DION. ¡Hijo!

ANS. ¿Qué dices?

MARTA Lorenzo...

LOR. ¿Por qué me hice yo esta ilusión de casarme? ¿Con quién podía casarme yo sino con la tierra que me llama? ¡Debí pensarlo antes...

DION. Miguel... Miguel, ¿qué has hecho?

MARTA — No, Lorenzo, no... Antes que suya... ¡muerta! (*Deja caer Lorenzo la cubeza sobre el hombro de su madre. Salen Raimunda, Ambrosio y Felipe. Todos observan aterrados. Miguel queda junto a la escalera.*)

DION. — ¿Que te pasa, hijo? ¿Qué tienes? (*Al ver que no contesta.*)

MARTA — ¡Lorenzo!

DION. — ¡¡Hijo!!

MARTA — (*A Miguel.*) ¡Le has matao, infame!

DION. — ¿Qué dices tú?

ANS. — (*Fuera de sí, no acierta a comprender el sentido de las palabras de Dionisia, creyendo que lo ha matado efectivamente y quedando aterrado.*) ¿Que lo ha ma... tao? ¿Que lo ha matao? (*Dando un grito y corriendo hacia Miguel.*) ¡Aguarda!

DION. — ¡Anselmo!

LOR. — (*Antes que su padre pueda dar un paso, dice.*) Padre... padre.

ANS. — ¿Eh? ¿Vive? ¿Vive?

RAIM. — Sí, señor amo, sí. (*Hay un momento de pausa, Anselmo abre el portón.*)

ANS. — Pues porque vive (*A Miguel.*) su vida ha salvao la tuya. Pero como tú acabarías con ella, y no eres quién para quitársela, porque Dios y yo se la hemos dao, en nombre de Dios... ¡sal de esta casa!

LOR. — (*Con angustiosa súplica.*) ¡Padre!

DION. — ¡Anselmo! Eso, no... Eso, no.

ANS. — ¡Silencio!

DION. — Es nuestro hijo.

ANS. — No lo es... No quiere serlo.

DION. — Anselmo... Anselmo, ¡por Dios!

LOR. — Padre, por mí.

ANS. — Ni por tí. (*A Miguel.*) Vete. (*Todos hacen un movimiento como implorando.*) ¡Silencio he dicho. ¡Vete!

MIG. — (*Con altanero coraje, dirigiéndose a la puerta.*) Padre...

ANS. — Busca desde hoy a quien darle ese nombre... Aquí en esta casa, ya no hay quien por él pueda responderte.

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

LA misma decoración.

(En escena Dionisia y Raimunda. Cerca de ellas, Tolin. Dan la última mano a la confección de unos dulces caseros.)

DION. Ya decía yo que se nos echaba la noche encima y no habíamos acabao con esto.

RAIM. Y menos mal que se nos ocurrió sacar to esto aquí fuera, que en el hogar nos hubiéramos asao toos.

DION. Traéte el azúcar, Tolín.

TOLIN (*Buscando.*) ¿Ande está?

DION. ¿Ande ha de estar? Pues en el azucarero.

TOLIN (*Cogiéndolo.*) Aquí no quea.

DION. Pero si lo he llenao yo ahora mismo.

TOLIN Sí, señora; usté sí que lo ha llenao, pero... pero...

DION. ¿A que te lo has comío?

TOLIN Sí, señora.

DION. Anda, vete de aquí, que te voy a tirar un tarro a la cabeza.

RAIM. Condenao chico, pero ¿cuando vas a acabar de ser tan goloso?

TOLIN Yo les prometo a ustés que no güelvo a probar bocao de to esto tan güeno.

DION. Yo que te vea.

RAIM. Acerca la miel, que está en aquel tarro.

TOLIN ¿En cuál?

RAIM. En aquél.

TOLIN ¿En aquél?

RAIM. Sí, hombre, sí; en aquél. (*Yendo a cogerlo.*) En éste. (*Al mirarlo.*) Pero, también te la has comío?

TOLIN No, señora.

RAIM. ¿Cómo que no te la has comío.

TOLIN Me la he bebío.

DION. (*Amenazándole.*) Mira, vete, vete de aquí... ¡largo!

(*Por la izquierda doña Juliana y Marta.*)

MARTA ¿Qué pasa?

DION. Este demonio, que se ha zampao el azúcar y la miel.

MARTA Dejele usté, que un día es un día.

JUL. ¿Habéis acabao?

DION. No nos falta más que espolvorear el azúcar y echarles la mil.

RAIM. Pero ¿ya se han cansao ustés de bailar?

MARTA Es que los mozos se han ido por más guitarras pa armar una ronda.

JUL. Y hemos decidido venirnos aquí: primero, porque esto está más fresco, y luego, porque ya no podemos resistir el deseo de probar las empanadillas.

DION. Pues ya puen ustés principiar, que tan doraditas como han quedao parece que están diciendo ¡comerme! Lo malo es que aquí no tenemos vino.

JÚL. Ay, no, más vino no; estoy hasta un poquito mareada.

MARTA Ande usté, doña Juliana, un vasito más.

JUL. Bueno, os obedeceré.

DION. Tolín, bájate una botella de vino, pero no te lo bebas por la escalera, ¿eh?

TOLIN No, señora; el vino no me gusta, como no sea el de moscatel, del dulce. (*Vase por la izquierda.*)

JUL. El que está desconocido por completo es el Lorenzo. Hay que ver en seis meses cómo ha camviado.

DION. Como que toos hemos sido a cuidarle, y a más el buen tiempo, que hay que ver la primavera y el verano que nos ha hecho.

JUL. Lo cierto es que ha recobrado la salud y que es dichoso y feliz, es decir, lo sois todos, porque no sé si tú, Marta...

MARTA Yo hasta le tengo miedo a serlo tanto.

JUL. Pues no hay que acobardarse, sino seguir adelante. Casados estáis desde esta mañana, y tal como con la alegría del día de hoy, se os presenta la vida y hay que disfrutarla.

Y a tí, Dionisia, no te digo nada, sino que si un hijo te anda por el mundo, para consolarte, Dios te ha mandado esta otra hija. Ella llenará también la falta de Cecilia.

DION. Y bendito sea Dios, que ha sabío mandar un consuelo tan grande pa una pena más grande toavía.

(Por la izquierda, Tolín, con un cántaro de vino.)

TOLIN Aquí está el vino.

MARTA Pues vamos a mojar las empanadas. (*Se disponen alegremente a hacerlo.*)

JUL. ¿Y el Lorenzo?

DION. Con su padre, arriba.

MARTA Están llenando otro pellejo.

RAIM. Y acabarán por emborracharlos a tóos. La de azumbres de vino que han salido hoy de esta casa...

MARTA (*A doña Juliana.*) ¿Otra empanadilla?

JUL. Bueno.

DION. ¿Y otro vasito?

JUL. Ay, no, eso sí que no. Dispensa, hija, que te lo desprecie, pero...

MARTA No faltaba más.

(*Por la derecha, Ambrosio.*)

AMB. ¿Está el amo?

DION. Sí; ¿qué quieres?

AMB. Vengo a traerle un recao del Encinar.

DION. Pues arriba lo tienes. Oye, Ambrosio, ¿qué pasó esta mañana en el hato?

AMB. Ná, señora ama; unas palabras que han tenío los pastores con el amo, y uno se ha insolentao y el amo lo ha despedío, y ahora dicen los demás que si el otro no vuelve, ellos se van también, y como esta noche habían de salir pa la ciudá, y tién que decidir el resultao, pues pa eso quien ponerse al habla con el amo.

DION. ¿Y quién ha sío el que se ha insolentao?

AMB. Uno de los que han venio nuevos. Pero es que pué ser que hubiera tomao una copa de más.

DION. Si ya le dije yo a Anselmo que esa gente nueva no era de mi devoción.

JUL. Pero como él es así... tan bueno.

AMB. Pues miusté lo que dicen: que bueno lo era antes, pero que ahora ha cambiao.

DION. ¿Y quién lo dice? ¿Quién lo dice?

AMB. Yo qué sé, señora ama; la gente... por ahí.

DION. Pues la gente que se ocupe cá cual de lo suyo, y de eso de los pastores que no se olviden de que el amo es el amo, y lo que él hace y lo que él manda bien hecho y bien mandao está.

MARTA A ver si esto va a traer algo.

DION. Quita allá, hija, ¿qué va a traer?

RAIM. Yo también me lo temo.

DION. ¿Tú? ¿Y por qué?

RAIM. Pues porque una oye cosas, y...

DION. ¿Qué has oído?

RAIM. Que el amo no es malo por su culpa, y que en esto de hoy...

(Por la izquierda, Anselmo y Lorenzo. Este, que trae traje negro, viene rejuvenecido y alegre.)

ANS. Echales más vino a esta gente, hijo, que mira qué cara tienen.

JUL. No, no, yo no quiero más.

ANS. Usté va a beber este vaso que yo le ofrezco.

JUL. Anselmo, por Dios.

ANS. Usté se lo bebe o reñimos.

JUL. Aunque riñamos, no lo bebo.

ANS. Usté se lo bebe, o no le compro las yuntas que tenemos en tratos.

JUL. Me lo beberé. Siempre ha de salirse usted con la suya, hombre. *(Bebe.)*

MARTA Y por mí va a mojar en él esta pasta. *(Al ver que se lo ha bebido.)* ¡Ah! ¿Pero se lo ha bebido usté ya?

LOR. Eso no importa, porque yo le lleno este otro vaso, y...

JUL. Y te lo bebes tú.

MARTA ¡Vaya una madrina, y qué mal se porta el día de la boda!

JUL. Mira, si queréis alegrarme un poco, para luego reiros conmigo, os vais a llevar un chasco, porque me entra llorona. *(Ríen todos.)*

ANS. Pues ponles otro vaso a la Raimunda y al Ambrosio.

LOR. Voy por más, que el de esta botella ya se ha trasegao.

DION. No, deja, voy yo. De paso daré una vuelta

por la casa, que se va haciendo de noche y habrá que encender las luces.

ANS. Manda a uno de estos y descansa tú un poco, mujer, que pa ti parece que hoy no ha sío fiesta, que andas tó el día trajinando.

DION. Ya sabes que no puedo estar pará. *(Acercándose a él y en voz baja.)* Ah, oye: el Ambrosio trae no sé qué recao de los pastores.

ANS. Eso no es ná.

DION. No será; pero por si acaso, no salgas tú; que vengan ellos a casa si quieren algo.

(Vase por la izquierda. Quedan formando grupo Raimunda, Marta, Lorenzo y doña Juliana. Anselmo y Ambrosio aparte.)

ANS. ¿Estuviste en el hato?

AMB. Sí, señor.

ANS. ¿Y qué hay por allá?

AMB. Pues un poquito levantaos sí que andan los ánimos.

ANS. ¿Pero han encerrao el ganao?

AMB. Sí, señor, y en la Corrala tién ya el que ha de salir esta noche pa la ciudá. Sólo que antes quien hablar con usté, y pa eso he venío yo.

ANS. Y a mí, ¿qué tién que decirme?

AMB. Que quien que vuelva con ellos el Ugenio.

ANS. ¿Y es por eso ná más por lo que están soliviantaos? Pues ya pueden calmarse, que volverá el Ugenio.

AMB. ¿Quié usté que vaya a decírselo así?

AMB. Quiero que vayas a decirles que vengan, y nada más.

AMB. Está bien.

ANS. Pues hala. *(Vuelve al grupo.)*

AMB. De aquí a luego. *(Vase por la derecha.)*

LOR. ¿Qué pasa con los pastores, padre?

ANS. Nada, hijo. Uno de esos mocitos nuevos, que parece que me los ha soliviantao un poco.

MARTA Como que no debía usté haberlos tomao. Son gente levantisca, y de uno de ellos sé yo que no hace más que ir y venir a la ciudad, sabe Dios pa qué.

ANS. Pedían trabajo, y en mi casa no se le niega a nadie.

MARTA Es que sabe Dios de dónde vendrán, y

quién serán, y las intenciones que puén traer.

ANS. Pues ya me oirán ahora cuando vengan. Aquí no se echa a nadie, pero tampoco se le aguantan ínfulas a nadie. Y no hablemos más de eso... Prepara otro vasito a doña Juliana, Lorenzo.

JUL. Aquí no se echará a nadie; pero por lo visto, a la que quiere usted echar es a mí.

TODOS Ja, ja, ja.

JUL. Cómo se conoce que le brinca a usted el alma de contento.

ANS. Y no puedo negarlo: que pensar cómo tenía este hijo y pensar cómo lo tengo...; haberlo visto hace seis meses y verlo ahora... es para algo más que estar contento. ¡Ay, si no fuera!...

LOR. Calle usté, padre. Ya sé qué va a decir. También a los demás nos pasa lo mismo; que hoy no ha sido fiesta del tóo en la casa; que tóos hemos notao la falta del Miguel, que más de una vez he visto hoy a madre apartarse de la gente, y al volver traer los ojos encendíos de llorar.

ANS. Y esa es mi otra pena: el ver el disimulo y el sufrir callao y en silencio de esa santa, y no poder consolarla, porque cada palabra de consuelo que le dijera había de ser como un reproche pa mí por haber hecho lo que hice.

JUL. ¿Y no se ha vuelto a saber nada?

ANS. Nada; como si se le hubiera tragao la tierra.

RAIM. Pué que se haiga marchao a las Américas, que él ya había hablao de eso alguna vez.

LOR. Y que dinero se llevó bastante.

ANS. Al día siguiente de salir de aquí, con el médico de Los Molinos me mandó recao de que si quería darle la parte de su hacienda. Yo le dije que volviera a su casa y que aquí la tenía. No lo quiso, y cuarenta onzas que guardaba en el arca, se las mandé. Desde entonces no sé si está vivo o muerto, pero bien sabe Dios que yo le he perdonao, y que ni un solo minuto he dejao de pensar en él.

MARTA Y tóos.

RAIM. Es verdá.

ANS. También lo es que yo daría la mitá de la vida que me queda por verlo aparecer por

esa puerta, aunque no fuera más que por que esa madre dejara de sufrir.

JUL. ¡Quién sabe, Anselmo! Que dicen que andando por el mundo es como se aprende a vivir y a comprender las cosas.

MARTA Y que si volviera, en tóos había de encontrar buen recibo, que yo por mi parte ningún rencor le guardo, y como a un hermano había de quererle, que ante Dios ya lo somos pa toa la vida.

ANS. Eres buena, Marta, lo sois todos, y lo sois tanto, que a veces me echo a temblar pensando si yo seré el malo de la casa.

JUL. Vamos, hombre de Dios, si usted es medio santo.

LOR. (*Abrazándole.*) ¡Padre!...

JUL. ¿Y qué hará usted con la parte de tierras del Miguel?

ANS. Guardárselas. Al casarse hoy mi Lorenzo le he dao lo suyo, pero ni un palmo más de lo suyo. Lo del otro ahí está para él mientras yo viva. Y eso que ya sé que se ha corrido por el pueblo que le había desheredao y que era señal de ello el darle al Lorenzo el Robledal.

RAIM. Cosas de la gente.

ANS. Pues es preciso que se sepa la verdá. Y a esos chismosos que andan llevando de puerta en puerta la mentira, hay que atajarles la lengua o cortársela.

LOR. Bueno, padre, no se vaya usté a enfadar ahora por eso.

(Por la izquierda, Dionisia con el vino.)

ANS. No, hijo, si no me enfado; échame un buen vaso del vino que trae tu madre y a beber todos.

DION. ¿Y por qué se había de enfadar? ¿Qué ha pasao?

ANS. Nada, mujer, nada; que parece que andais toos con el susto en el cuerpo.

JUL. Ha sido mía la culpa, Dionisia, le hablé del Miguel.

ANS. *(Reconviniéndola)* ¡Doña Juliana!

DION. No tengas tú miedo tampoco ahora de que porque lo hayan nombrao me eche a llorar aquí y amargue la alegría de hoy.

ANS. Es que bien sabes tú que yo soy el primer arrepentío de lo que hice.

DION. Lo hiciste tú, y aunque se me destroce el corazón, ná digo, Anselmo.

LOR ¡Madre! ¡Padre!

(*Por la izquierda, Tolín, Comienza a oirse dentro el rasgueo de las guitarras.*)

TOLIN La ronda, ya está aqui la ronda.

RAIM. ¡Madre de Dios, y los que se han juntao!

MARTA Pero si viene too el pueblo.

TOLIN Callarse, que van a cantar. (*Quedan a un lado y hablan Lorenzo y Marta. Se oye más el rasgueo de las guitarras.*)

DION. (*Que se vale de la distracción de todos.*) Si ahara que no me ve nadie me pudiera comer estas empanás... (*Lo intenta.*)

TOLIN (*Que, desconfiando, vuelve la cabeza*) ¡Eh, tú! Sal de ahí.

(*Vase foro izquierda, diciendo.*) Esas no me las puedo comer, pero las que me llevo en los bolsillos... (*Oyése la ronda cerca.*)

RAIM. Chist, callarse, que cantan.

(*Dentro un mozo canta.*)

VOZ (*Dentro.*)

Es la novia la más maja.
de las mozas del lugar:
es la rosa más pulida
que ha nacido en un rosal.

MARTA Vaya, ha sío pa mí la primera copla y la primera mentira de la noche.

LOR. Eso sí que no, Marta, que tién razón.

RAIM. Ahora va a cantar el Motrico.

JUL. A ver qué dice. (*Callan todos. Dentro cantan.*)

VOZ. (*Dentro.*)

La salú Dios te la ha vuelto
porque ella se la pidió;
besa a la Marta, Lorenzo,
cuando le reces a Dios.

RAIM. ¡Ay, y qué copla tan bonita!

MARTA El demonio del chico, qué cabeza tié pa sacarse canciones.

ANS. Decirles que den la vuelta por la calle y que entren en el patinillo y beban otra vez cuanto quieran.

RAIM. (*Asomándose.*) Chicos, que vayáis por el otro lao dice el amo. (*Desde dentro le di-

cen algo.) ¿Eh? Bueno, bueno. (*A Anselmo*) Que van a echar la última pa usté, señor amo.

ANS. ¿También hay coplas pa mí?

JUL. Y como siga usté llenándoles tinajas de vino hay hasta para el gato.

RAIM. Acérquese usté, señor amo.

ANS. No, ya la oigo de aquí.

VOZ. (*Dentro.*)

De los hijos la alegría,
los pesares y el dolor,
van a pararle a los padres
en mitá del corazón.

MARTA Esa si que es bonita.

ANS. Y esa sí que es más verdá que toas las otras juntas: (*La repite en voz baja.*) De los hijos la alegría...—los pesares y el dolor...—van a pararle a los padres...—en mitá del corazón.

DION. ¡Anselmo! ¡Anselmo!

ANS. Calla, mujer... Y sécate esos ojos. Vamos pa allá, hijos. (*Viendo que le ronda se aleja, porque se supone que da la vuelta.*)

MARTA Ya dan la vuelta a la calle.

JUL. Pues ¡hala hacia allá todos. (*Comienzan a hacer todos mutis por la izquierda.*) Ya me rebosa la alegría por todo el cuerpo. Es el vino, es el vino. (*Mutis.*)

(*Acaban de salir todos por la izquierda. Por el foro, Miguel y Eugenio. Este, que es el pastor, trae en la faja un cuchillo de monte.*)

MIG. Pasa, se han ido pa la huerta. (*Oyese dentro gran algazara, suponiéndose que ya están todos reunidos.*)

EUG. ¿Y los otros?

MIG. Ahora vendrán. Es que he querío hablarte a ti solo, antes que (*El tal Eugenio viene bastante bebido.*) tos habléis con mi padre. (*Ofreciéndole más vino.*) Bebe.

EUG. No, no quieo más vino.

MIG. Bebe.

EUG. (*Como si estuviera dominado, obedece.*) Venga.

MIG. Y ahora dime otra vez lo que me has dicho allá arriba.

EUG. ¿El qué?

MIG. Que te atreves a tó.

EUG. A tó. Tú ya me has dao lo convenío y no hay más que hablar.

MIG. Pero no te dará miedo a última hora.

EUG. ¿A qué? ¿A la cárcel? ¡Bah! De toas maneras me andan buscando y me han de encontrar... Pues si pué uno llevar unos cuartos pa pasarlo allí lo mejor que se puea...

MIG. Si sabes seguir callando, más tendrás...

EUG. Por mí...

MIG. Ven acá. Asómate. (*Lo lleva a la lateral izquierda.*) ¿Le ves?

EUG. (*Restregándose los ojos.*) Como me habéis hecho beber tanto...

MIG. Allí está, al lao de ella.

MIG. Sí, ya le veo; descuida.

MIG. Pues vuélvete con los otros y ni palabra de ná. Y al subir hablas tú en nombre de tós, y pides tó lo que quieras pedir, y como han de negártelo...

EUG. Entendío. (*Vase por la derecha.*)

MIG. (*Solo, paseándose con loca rabia por la escena.*) Tó antes que ella sea pa él y él sea el amo de tó. Tierras, haciendas, mujer... To pa él. Lo suyo... y lo mío. Bien se ha sabío aprovechar; bien ha sabío valerse de su hipocresía pa llevárselo tó. Pero entoavía no es hora, que los demás también hemos aprendío a ser hipócritas y a mentir y a fingir y a...

(*Por la izquierda Dionisia.*)

DION. ¿Eh? ¡Miguel! ¡Hijo!

MIG. ¡Madre!

DION. (*Con el miedo de las grandes alegrías.*) Pero... pero ven acá, hijo, ven acá a la luz que te vea yo bien... Pero, ¿eres tú, hijo mío? ¿Eres tú? (*Sin soltarle de sus brazos, vuelve la cabeza y grita*): Ansel!...

MIG. No, espere usté, madre; no le llame entoavía.

DION. Si no te va a hacer ná, hijo; si te ha perdonao, si te sigue queriendo, si te queremos tós lo mismo.

MIG. De toas maneras, aguarde usté un poco. Yo he estao aguardando también to el día pa entrar.

DION. ¿Y por qué no has venío en seguida que llegaste al pueblo?

MIG. Yo no sé. Me ha dao vergüenza entrar delante de tós, y he aguardao a que se hiciera de noche.

DION. ¿Y ande estabas?

MIG. En la ciudá. Allí me enteré por unos del pueblo que el Lorenzo y la Marta se casaban..

DION. ¿Y por qué no se te ha ocurrido venir con el día? ¿Qué intenciones has traído, Miguel?

MIG. No se asuste usté. Yo ya tenía pensao de venir a casa, pero de noche, que con la luz del sol me daba vergüenza. ¡Me fuí de aquel modo!... Y pa pasar el día corrí de un lao a otro por el campo, y me se ocurrió llegarme al Encinar, y allí me enteré de la disputa que tuvo esta mañana mi padre con los pastores, y de que uno de ellos le ha amenazao.

DION. (*Asustada.*) ¿Qué?

MIG. Y entonces, me dije: olvída to, y a casa... por si allí te necesitan. Y como los pastores habían de venir aquí ya de anochecío, de anochecío vengo yo antes que ellos, y aquí estoy. Y eso es tó. Ahora, que si ni usté ni nadie quien recibirme en la casa, con salir de ella otra vez, en paz. Pero esta noche que hay un peligro en la casa, aquí debo estar yo.

DION. Ni esta noche ni nunca, hijo mío. Tú ya no te vas de con nosotros, que ahora que es cuando nos quedábamos más solos en la casa, porque el Lorenzo ya tié la suya, y un querer en la suya, el tuyo ha de ser nuestro consuelo.

MIG. Usté es muy buena, madre.

DION. Y tu padre también, y tu hermano Lorenzo.

MIG. Lorenzo...

DION. Sí, sí, Lorenzo; pero no has de decir su nombre así, como lo dices, que parece como si las letras fueran zarzas que te se enredan en los labios.

MIG. Es que...

DION. Pero hijo, Miguel; ¿pero aún no vuelves arrepentío?

MIG. Sí, madre.

DION. ¿Es que no es hora ya de que acabe el sufrir en esta casa?

MIG. Sí, madre.

DION. Pues pon de tu parte un poco de cariño donde tanto hay pa ti. Vuelves a tu casa, y tós con el corazón entre los brazos te recibimos; pon tú el tuyo tambien en tus intenciones y haya paz entre todos y pa siempre.

MIG. No se ponga usté así, madre, que no es pa tanto.

DION. Pero si es de la alegría que tengo de volverte a ver y de pensar en la que le vamos a dar a todos, y ahora mismo. ¡Anselmo! ¡Anselmo! (*Yendo a la izquierda.*)

MIG. ¡Madre! ¡Espere usté!

DION. Si vienes pa bien, no tié que espantarte el ver a tu padre.

MIG. Pa bien vengo.

DION. Pues bien recibío serás, que en cuanto tú se lo pidas dispuesto está a perdonarte él.

MIG. Pues le pediré el perdón.

(*Por la izquierda Anselmo, que, al ver a su hijo, abre los brazos y va hacia él.*)

DION. ¡Mira, Anselmo!

ANS. ¡Miguel!... ¡Hijo!

MIG. (*Arrodillándose.*) ¡Padre!

ANS. Levanta, levanta... Así. (*Quedan abrazados.*)

(*Simultáneamente, por la izquierda también. Lorenzo y Marta.*)

LOR. ¿Qué pasa, madre?

DION. Tu hermano.

LOR. (*Yendo a él y abrazándole.*) ¡Miguel!

MARTA (*También se acerca.*) ¡Miguel!

MIG. (*Abrazándolos a la vez.*) ¡Marta! ¡Lorenzo!

ANS. Cierra esa puerta, Dionisia, que no entre nadie ahora; que nadie venga a robarnos un poco de esta felicidá que se nos ha metido en la casa. Ve a nuestro cuarto, y nuestra propia cama, con la mejor ropa, hazla para que éste descanse. *(Por Miguel.)* Y di a Ambrosio que mate el mejor cordero de los rebaños pa celebrar mañana otra fiesta más grande que la de hoy. Y tú, Marta, di a esa gente que coma y beba cuanto quiera, y a la ronda que canten toda la noche y por todo el pueblo; y cuando acabes tu comisión, Dionisia, vuelve aquí con nosotros, que con el holgorio se nos ha olvidao estos

días el rezo, y hoy más que nunca hemos de rezar juntos.

DION. No sé si podré hacerlo to bien con la alegría que tengo. Dame otro beso, hijo... (*Vase Dionisia por la izquierda.*)

LOR. ¿Por qué has tardao tanto en venir, Miguel?

MIG. He tenido miedo. Creí que no íbais a perdonarme.

ANS. No se hable más de eso. Has vuelto y como si nada hubiera pasao. Desde mañana vueleves a ser lo que eras; es decir, todo lo queras, no, porque antes, por desgracia de todos, tu hermano andaba tan enfermo, que el trabajo había de caer sólo sobre tí. Ahora sois los dos a trabajar; los tres, o por mejor decir, los cuatro, que aquí, la Marta, sabrás que es nuestra ya, y que tanto ha de afasarse como nosotros mismos en el cuidao de todo.

MIG. Ya sé que os habéis casao.

LOR. Esta mañana.

MIG. (*Que comenzaba a arrepentirse de su crimen proyectado, al oir esto siente renacer la mala intención que allí le ha llevado, y dice con disimulado despecho.*) Pues que seáis muy felices.

ANS. ¿De veras, hijo? ¿De veras que piensas así?

MIG. Cuando después de saberlo tó, aún estoy aquí, señal de ello es.

ANS. Que Dios te lo premie.

LOR. ¿Y a mí, cómo me encuentras, Miguel?

MIG. Muy fuerte; no pareces el mismo.

LOR. Dios lo ha querío.

MARTA Y los cuidaos de tós.

ANS. ¿Has cenao?

MIG. Sí, señor.

ANS. Pues ahora, en cuanto tu madre acabe de arreglarte la cama, a descansar. Estos se van al Encinar unos días, tres o cuatro, que la luna de miel de los pobres ha de ser corta, y aquí nos quedaremos solos tu madre, tú y yo.

MIG. Como usté mande.

(*Por la derecha, Ambrosio*)

AMB. Señor amo...

ANS. ¿Qué?

AMB. Aquí está el Ugenio, el pastor depedío, que viene con los otros.

ANS. Que pasen.

LOR. (*Presintiendo algún peligro.* ¡Padre!

ANS. ¿Qué te pasa a ti?... Diles que entren. (*A Ambrosio.*)

LOR. No.

ANS. Pero, ¿por qué no?

MIG. Que entre si quiere, Lorenzo, que aquí estaremos nosotros al lao del padre.

ANS. ¡Qué tontos sois! Si no va a ocurrirme nada.

AMB. ¿Qué les digo?

MARTA Diga usté que suba uno solo en nombre de toos.

ANS. Bueno, pues que suba uno sólo.

MIG. El Eugenio.

MARTA No, ese no; es el más levantisco.

MIG. Pues por eso.

ANS. Tiene razón el Miguel; que suba el Eugenio. (*Vase Ambrosio por la derecha*) Y vosotros dejarme solo.

LOR. ¡Padre!

ANS. Pero si no pué pasarme na malo. ¿No comprendéis que llevo demasiada alegría en el cuerpo pa negarles lo que me piden? Y si a un hombre se le concede lo que pide, ¿se va a reñir con él?

MIG. Tié razón padre. Que venga. Pero nosotros nos quedamos aquí.

ANS. Bueno, quedarse.

MARTA Yo, no; yo voy a ver si se ha marchado la gente y a que nos preparen la tartana pa marcharnos al Encinar y a decir a los de la ronda que canten toa la noche. (*Vase por la izquierda.*)

(*Por la derecha. Eugenio, más borracho que antes.*)

EUG. Güenas noches.

ANS. Buenas te las dé Dios.

EUG. Yo soy el pastor despedío.

ANS. Bien.

EUG. Y equi me tié usté, porque esta noche, o el ganao no sale de la corrala pa ir a la ciudá, o ninguno lo lleva más que yo.

ANS. Bueno, hombre, pues tú lo llevarás.

EUG. Y con más jornal.

ANS. Con más jornal.
EUG. Pa mí y pa tos los pastores.
ANS. Pa ti y pa tos los pastores.
ANS. Para ti y para toos.
EUG. Y luego, la escopeta que nos da usté pa guardar el ganao po el camino, quiero que lo que se lee en la licencia, sea verdaá. (*El juego está bien visto. El pastor quiere provocar al amo a toda costa, para que Lorenzo lo defienda y equivocarse matando a éste. Tal es el plan de Miguel. Por tanto, durante este diálogo, Miguel. figurando que hace tomar a su hermano posiciones, como él mismo también, para caer sobre el pastor cuando su insolencia llegue al límite. lo que hace es colocarlo de modo que ofrezca buen blanco a la embestida del pastor.*)
SAN. ¿El qué?
EUG. Que la escopeta, que en la licencia va a mi nombre, sea mía.
ANS. Tuya es.
EUG. Y, además...
ANS. Di.
EUG. (*Que ya no sabe qué pedir.*) Pues... un par de azumbres de vino pa el viaje.
ANS. Otro par llevas en el cuerpo; pero que te los den. ¿Qué más te se ofrece?
EUG. Pues que también teníamos que pedirle a usté que de cada cabeza de ganao que se venda, nos dé un tanto.
ANS. Pa eso os entendéis con el amo del ganao, que es mi hijo Miguel.
MIG. (*Como no dando crédito a sus oidos.*) ¿Eh? ¿Yo?
ANS. El que está pa la venta es tuyo, que como mayor te pertenecía.
EUG. Pues ya lo hablaremos con él. Pero como también de la venta de los pastos teníamos que hablar, y los pastos están en los Encinares, y esos no son del Miguel...
ANS. También lo son, que en las partijas así se dispuso y así sigue siendo.
MIG. (*Cae de su error. El creyo encontrarse poco menos que desheredado y ve con que cariño han guardado su ausencia y le han esperado.*) Pero, entonces... padre...

ANS. Tuyo sigue siendo lo que era tuyo.

LOR. Y algo más también, padre; que yo quiero que hoy no me niegue usté una cosa que la Marta y yo queríamos pedirle.

ANS. ¿El qué?

LOR. Que sea pa Miguel también... el Robledal. Era mi ilusión de siempre, y aunque la madre lo dejó pa mí, yo quiero que sea él quien lo disfrute.

ANS. Pues ya no tenéis que entenderos para ná conmigo, muchachos. Aquí tenéis al amo de tó.

MIG. ¡Ay! ¡Ay, Jesús, qué iba yo a hacer! (*Miguel, como a quien se le cae una gruesa venda de los ojos, ve en seguida la magnitud de crimen, y el propio horror que así mismo se inspira le hace permanecer inmóvil. Pero, ¿quién podrá detener ya al borracho?*

EUG. Bueno, pues ya es hora de que esto cambiase, porque era uste un mal amo, y un usurero, y un...

MIG. ¡Ugenio! Sal de aqui, vete. Te lo mando.

ANS. Deja, que voy a enseñarle a ese sinvergüenza lo que no sabe.

LOR. (*Abrazándose o su padre.*) ¡Padre!

ANS. (*Desasiéndose de Lorenzo.*) ¡Suéltame! que pa estas alimañas no necesito más armas que un salivazo.

EUG. ¿Eso a mí?

MIG. ¡Ugenio!

LOR. Cógelo, Miguel, ques está borracho.

EUG. ¿Eh? ¿Borracho yo? Ahora verás. (*Saca el cuchillo de monte, disponiéndose a acometer a Lorenzo. Miguel, rápido, le grita.*)

MIG. ¡No, Ugenio; ya no!

ANS. ¿Qué dices? (*Anselmo lanza un grito; comprende que ha sido todo una infamia de su hijo Miguel. Sin embargo, tadavía no la ve completa, porque se figura que a quien debía matar el pastor era a él, al padre. Eugenio arremete furiosamente, y Miguel, se coloca cubriendo a su hermano, recibe una puñalada en el pecho.*)

LOR. (*A Eugenio.*) ¡Has matao a mi hermano, canalla.

EUG. Ya sabíamos que no era pa él el viaje, sino pa ti; pero pa qué se ha puesto delante.

(*Anselmo comprende entonces todo el horror del crimen preparado por Miguel y con desesperación detiene a Eugenio, que intenta escaparse.*)

ANS. No te escapas, asesino, no te escapas. (*A Ambrosío y dos pastores que salen.*) Sujetadle bien y guardadle en la cueva mientras se avisa a la justicia.

(*Ambrosio y los pastores se llevan sujeto a Eugenio. Por derecha sale Dionisia; por izquierda, Marta y Raimunda. La situción queda encomendada a los artistas.*)

DION. ¿Qué ha sío, Anselmo? ¿Qué ha sío? ¡Miguel! ¡Eh! ¡Hijo!

RAIM. ¿Qué ha pasao?

MARTA ¡Padre!

DION. Ay... que me lo han matao... me lo han matao.

ANS. (*A Lorenzo.*) Era pa ti... era pa ti el golpe.

MIG. Perdóneme, yo sólo he sabido castigarme.

ANS. Te perdono... Otra vez... y para siempre... ¡ay!.., ya, pa siempre.

MIG. ¡Padre!

ANS. Pero ese cuchillo que a ti te ha quitao la vida... no te ha herido sólo a tí. (*Vuelve a sonar dentro la ronda y una voz canta la copla:* «De los hijos la alegría, los pesares y el dolor...». *Anselmo la escucha y balbucea entre el infinito de su dolor la letra del cantar. Y loco de dolor y de angustia, en un gesjo supremo grita.*) ¡Marta!... di que callen... que callen... ¡¡que callen!!

(*Y mientras Marta va hacia la puerta, cae el telón pausadamente.*)

FIN DEL DRAMA

Obras de J. Andrés de Prada.

«Tacita de plata» revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, con música del maestro Julián. Teatro de verano, Cádiz.

«Riberica abajo» sainete en un acto, inspirado en una copla popular. Teatro Circo, Cádiz.

«Amoríos» entremés en prosa. Teatro Principal, Cádiz.

«La detective» comedia lírica en dos actos, música del maestro Julián. Teatro de Verano, Cádiz.

«El tren que vuelve» comedia en dos actos y en prosa. Teatro Circo, Cádiz.

«Del hnerto vecino» comedia en un acto y en prosa. Teatro Cómico, Cádiz.

«Luna dc mayo» Monólogo en verso. Teatro Principal, Cádiz.

«El tren de los sueños» comedia en dos actos y en prosa, Teatro Alvarez Quintero, Madrid.

«El mentir de los viejos» Sainete madrileño en un acto. Coliseo Imperial, Madrid.

«Las fraguas» comedia dramática en dos actos y en proso. Coliseo Imperial, Madrid.

«Fatalismo» Drama en un acto (Gran Guiñol). Coliseo Imperial, Madrid.

«Alma de apache» drama policiaco en tres actos. Teatro Nuevo Apoio, Madrid.

«La moza del llano» drama en tres actos. Coliseo Imperial, Madrid.

«Casta de ruines.» Drama en tres actos. Colisea Imperial Madrid.

«La mujer espia.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial Madrid.

«Las Espinacas.» (Consecuencia de «Los Gabrieles») en dos actos y en prosa. Teatro Lara. Madrid.

«La cogida del Castizo.» Sainete madrileño en dos actos en colaboración con Angel Caamaño. Teatro Cómico de Madrid.

«El amigo Carvajal.» Juguete cómico en dos actos, en colaboración con Ricardo González del Toro. Teatro Lara. Madrid.

«El hijo del otro.»Momento escénico en un acto. Teatro de la Comedia. Barcelona.

«Rosas de pasión.» Romance de amor en tres actos y un prólogo, en prosa. Teatro el Dorado. Barcelona.

«Aüita de Mayo.» Entremés en prosa. Teatro de la Comedia. Barcelona.

«Muñocas de papel.» Comedia en tres actos y en prosa. Odeón. Madrid.

«Mientras el niño duerme...» Narración escénica en un acto. (Teatro de los niños.) Teatro de la Comedia.

»Más allá del amor.» Comedia dramática en tres actos y en prosa.

«Cásate... y verás» Vodevil en tres actos, derivado de una, obra extranjera, en colaboración con Miguel Mihura. Teatro Lara. Madrid.

«El pícaro corazón.» Comedia en tres actos. Teatro Doré. Barcelona.

«Una mujer que no miente.» Farsa cómica en tres actos. Compañía del Teatro Lara de Madrid.

«En mitad del corazón.» Drama en tres actos, en colaboración con E. Gómez de Miguel. Compañía de Francisco Morano.

«Toda una mujer.» Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Obras de Emilio C. de Miguel

«El idiota.» Drama trágico en tres actos.

«El antepasado.» Comedia dramática en tres actos.

«Entre tinieblas.» Versión española del drama de Florencio Cornet «La Fosca», en tres actos.

«La paima de Nueva-York. Comedia vodevillesca en tres actos.

«El milagro de la ermita.» Comedia dramática en tres actos.

«En mitad del corazón.» Drama en tres actos, en colaborabión con J. Andrés de Prada.

Precio: 3,50 pesetas.